

Fragmentos de cristal  
*Diccionario de pequeños universos de sentido y sinsentido*

Mariana Pedroza



Fragmentos de cristal  
*Diccionario*  
*de pequeños universos de sentido y sinsentido*

Mariana Pedroza

Premios DEMAC 2013-2014



México, 2015

Primera edición, junio de 2015

*Fragmentos de cristal*  
*Diccionario de pequeños universos de sentido y sinsentido*  
por  
Mariana Pedroza

Diseño de portada:  
Mariana Zúñiga Torres  
[www.marianazunigatorres.com](http://www.marianazunigatorres.com)

© Derechos Reservados, primera edición, México, 2015, por  
**Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.**  
José de Teresa 253,  
Col. Campestre  
01040, México, D.F.  
Tel. 5663 3745 Fax 5662 5208  
Correo electrónico: [demac@demac.com.mx](mailto:demac@demac.com.mx)  
[librosdemac@demac.org.mx](mailto:librosdemac@demac.org.mx)

Impreso en México

**ISBN 978-607-7850-67-0**

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualesquiera de los medios –incluidos los electrónicos– sin permiso escrito por parte de los titulares de los derechos.

# ÍNDICE

Prólogo .....	9
---------------	---

## A

Amuleto.....	15
Ángel.....	18
Árbol de Navidad.....	19
Avión (o <i>Fantasías</i> ).....	20

## B

Bailar .....	23
<i>Barbies</i> .....	25
Barquito de papel.....	26
Besucona .....	28
<i>Bodypainting</i> .....	30

## C

Caracol.....	32
Ceniza.....	33
Cuerpo.....	34
Cuestionar.....	36

## D

Diario.....	38
Dieces .....	40

F	
Fanerógama .....	42
H	
Hermana .....	44
Hogar.....	45
Hoyo negro.....	47
I	
Interesante.....	51
J	
Jorobada.....	52
M	
Malentendido .....	54
Memoria.....	56
Mudanza .....	58
Mujer .....	59
N	
No .....	61
O	
Orgasmo.....	63
P	
Peces .....	64
Pesadilla.....	66
<i>Pibe</i> .....	67

R

Rara .....	68
Realidad .....	69
Riesgo.....	73

S

Secuestro .....	74
Sentimientos.....	75
Soledad.....	77
Subjetividad .....	79

T

Tareas.....	81
Tristeza.....	82

U

Una .....	84
Urna.....	86

Z

Zapato.....	87
-------------	----





## PRÓLOGO

Contar una historia es separarla de las demás historias, destacar su condición entrañable, su hálito secreto. ¿Pero qué hace falta para que una historia merezca ser contada, qué la pone por encima del resto? En estricto sentido, no he tenido sufrimientos épicos: no he perdido piernas ni hijos, no he pasado hambre ni creado grandes revoluciones, pero traigo conmigo el sino de quien busca incesantemente habitarse, entender su propia biografía y crearse un espacio a su medida en el mundo.

Pienso, entonces, que lo que hace una vida especial no son sus eventos extraordinarios. Por más deseable o meritorio que pueda ser alcanzar grandes metas, la verdadera cúspide se escala siempre en otro sentido, en el trabajo diario y consciente de transformar cada una de las vivencias en experiencias, sean cuales sean.

Ésa es la ética que he buscado acuñar a lo largo de los años: tener la sensibilidad para darles su peso justo a todos los hechos en mi vida, asegurarme de desanudar mi dolor para que no lastime ni cierre puertas y cerciorarme de nunca convertir las dos o tres heridas que la vida me ha infligido en una bandera de autocomplacencia o falsa superioridad moral.

Por ese motivo esta autobiografía no pretende contar una historia extraordinaria, sino simplemente enseñar una forma de apropiarse del mundo, *mi* forma de apropiármelo.

En *La insoportable levedad del ser*, Kundera hace un breve diccionario de palabras incomprensibles que impiden a sus personajes entenderse, pues en cada una de ellas se abre un mundo irreconciliable

de asociaciones e inclinaciones afectivas que obedecen a la historia personal de cada uno.

Ese desfase de significados ocurre todo el tiempo en las relaciones humanas. No podría ser de otra manera: es con ayuda de las palabras como creamos sentido y construimos subjetividad, por lo que en cada vocablo se esconde un pedazo de nuestro pasado y de nuestra forma particular de concebir la realidad.

Pero las palabras no sólo separan; también unen, construyen puentes y ponen en común experiencias universales de amor, dolor y deseo. Por este motivo decidí escribir esta autobiografía a manera de diccionario, tomando como inspiración a Comte-Sponville, quien escribe un diccionario filosófico sin abandonar su propia voz, muchas veces informal o anecdótica.

Al final son los objetos, los conceptos y otras palabras al azar los que se vuelven testigos y voceros de nuestras vidas; las cartas y los lugares, los pequeños rituales diarios, las marcas de preservativos, las chanclas rotas. No podemos obviar la condición simbólica de nuestra naturaleza: tendemos a verter significantes en todo lo que nos rodea; en los gorriones de los parques, en los anuncios de la tele, en los cafés y en nuestra comida favorita.

Hay preguntas infantiles que nunca pierden vigencia. Una de ellas es la milenaria pregunta de quiénes somos. Pese a carecer de una respuesta concreta, este libro pretende transmitir quién soy o, al menos, qué se siente ser yo.

*A todos los coautores, compañeros y cómplices  
de esta historia. Al pasado que encarno en el  
presente y a los que han hecho el futuro posible.*



Ojalá que las hojas no te toquen el cuerpo cuando  
caigan para que no las puedas convertir en cristal...

Silvio Rodríguez

Confín de la memoria donde  
se han ido decantando los secretos  
personales, las estrofas calladas  
de la vida, tantos deseos  
innombrados, ¿en qué recodo  
del presente se alojarán por fin  
esos incompatibles  
desacuerdos con la realidad  
que me darán a conocer un día a quien yo soy?

*No me conozco,*  
J. M. Caballero Bonald



**AMULETO:** lo conocí a los catorce años y, al cabo de poco tiempo, se convirtió en “el amor de mi vida”, o al menos de mi vida como la concebía hasta entonces. Se llamaba Mauro y estaba profundamente enamorada de él, según afirmaba en mi diario y en las llamadas telefónicas interminables con mis amigas de secundaria.

Con él tenía algo que nunca he vuelto a tener y que a veces echo en falta: la certeza de que era *el* indicado. Como adolescentes que éramos, ya teníamos planeada nuestra boda y el nombre de nuestros hijos. Lo veo a distancia y reconozco que era pura forma: seguíamos al pie de la letra el instructivo de “noviazgo” que habíamos heredado de la televisión; él me regalaba flores y yo le escribía cartas cursilísimas con plumas de colores. “Enamorados del amor”, diría mi abuela con acierto.

Anduvimos durante ocho meses –que a esa edad equivalía a la eternidad–, pero la relación se iba desgastando poco a poco, sobre todo porque mis padres no lo soportaban, y tras unas semanas de forcejeo, que incluyó citas a escondidas y peleas a todas horas, un día cortamos.

Él pronto superó la pérdida y, en menos de dos meses, ya tenía una nueva novia. Yo, en cambio, me quedé estancada. No perdonaba a mis padres por destruir mi relación ni entendía que me superara tan rápido: si supuestamente me había amado tanto y yo seguía siendo la misma, ¿qué había ocurrido para que pudiera olvidarme con tanta facilidad?

En mi cabeza, bastaba con volver a recorrer el camino y ponerme enfrente de él para permitir que me redescubriera. Finalmente,

seguía teniendo los mismos ojos grandes que él tanto había elogiado, las mismas ganas de platicar y el mismo corazón, lo único que tenía que hacer era lograr que él lo recordara. ¿O era acaso que nunca me había querido de verdad?, era una de las tantas preguntas que me acosaban.

Sobra decir que mi “técnica” para que se volviera a enamorarse de mí no funcionó. En vez de eso, nos volvimos “mejores amigos” durante toda la preparatoria, o al menos ese nombre le dábamos a nuestra relación tóxica que consistía, básicamente, en hablar por teléfono en la madrugada y escucharlo monologar por horas sobre sus nuevas enamoradas, en permitir que criticara a cualquier chico que me gustara en un afán aparentemente protector, y en besuquearnos un par de veces al año, furtivamente, como no queriendo la cosa.

Lo curioso es que, mientras andábamos, mi amor por él era meramente recreativo, casi superficial, y quizá si se hubiera desarrollado de otra forma, se habría desvanecido entre bostezos, sin mayores aspavientos. Pero como en mi imaginario me había sido arrancado, lejos de desvanecerse se volvió un capricho doloroso, una necesidad, un amor que —entonces sí— escribía con mayúsculas en mis poemas hiperbólicos llenos de lágrimas y odas a un erotismo que ni siquiera había experimentado.

No sólo eso: parecía que mientras más rechazo de su parte recibía y entre más grados de dificultad tenía la situación, más orgullosa me sentía por quererlo, porque eso significaba que mi amor era más grande, tan grande que seguía incólume pese a la adversidad.

Un día, habiendo ya pasado cuatro años de ires y venires, fui a verlo a su casa, lo que significaba una sola cosa: que la ropa terminaría en el piso. Cada vez que algo así ocurría, a mí me inundaba un sentimiento agrídulce de victoria, como si en ese momento todos los pequeños abusos, los celos, las groserías y las negociaciones inútiles pasaran a segundo plano, porque lo nuestro era tan grande que se rebelaba al paso del tiempo.



No obstante, ese día estaba nerviosa. A diferencia de él, yo seguía siendo virgen, me sentía torpe y me acosaba mi propia desnudez. Lo que yo quería no eran tanto esas caricias, sino un sentido que me redimiera, un abrazo prolongado, un te quiero que no me arrebatara más tarde, en la siguiente pelea.

Seguimos el ritual conocido, nos besamos por largo rato, nos fuimos desvistiendo. En eso, se detuvo. Me apartó de sí y me dijo que no podía seguir porque, mientras me besaba, estaba pensando en Milena, la chica que en ese momento le quitaba el sueño.

Me quedé helada. No sabía qué decir. Para él esa confesión no era tanto un gesto de deliberada crueldad como un signo inequívoco de su alto estándar moral que ponía la sinceridad sobre todas las cosas. Abatida, me solté a llorar. Lloré todo lo que no había llorado frente a él en todos esos años, lloré desconsoladamente, desnuda y envuelta en las cobijas, con ese canturreo agónico con el que lloran los niños.

Él se levantó y se puso a buscar algo. De uno de los cajones sacó un colgijie, y mientras me lo ponía, me dijo: “Es un amuleto, quiero que lo uses para que te cuide, porque ya no estaré para hacerlo”. No sabía qué sentir. Estaba muy enojada, me sentía traicionada, me temblaban los dientes y, sin embargo, con aquel gesto protector me estaba recordando al hombre del que me había enamorado y al que estaba a punto de perder.

Me tardé muchos años en ver con claridad su trampa y mi estupidez. Yo, que tanto había criticado a mi madre por considerarla débil y por doblegarse sin protesta a los intransigentes designios de mi padre, estaba haciendo lo mismo y con el mismo pretexto: el consuelo de que mi amor era más grande que eso y que, con suerte, algún día sería reconocido tanto esfuerzo.

Me tardé también en entender que resulta imposible que el otro te reconozca si no te pronuncias ni te opones cuando es debido, que hay cosas que se acaban sin que sea culpa de alguien, y que quedarse hasta el final de la batalla sólo para ver la ciudad en ruinas, lejos de ser valiente es masoquista.

Todavía usé el amuleto algunas noches después de que se fue. Ahora que lo pienso, lo que me faltaba en verdad era un amuleto propio, uno que me defendiera con mi propia voz de todo lo que me hacía daño.

ÁNGEL: “Es fácil darse cuenta de la diferencia que hay entre un ángel y una persona. La mayor parte de un ángel está por dentro y la mayor parte de una persona está por fuera”. Ésas eran las líneas con las que iniciaba un libro de corte devocional que llegó a mis manos cuando tenía doce años. El libro contaba la historia de una niña que, de acuerdo con el narrador, se trataba nada más y nada menos que de un ángel. Una niña que era, además, filósofa, teóloga y jardinera, que no dejaba una pregunta sin responder y que al final se moría.

Quedé fascinada con la lectura. Pocos libros me habían impresionado tanto como aquél en ese momento. Pensar en esa niña, Anna, me despertaba una curiosidad cosquilleante y una emoción secreta, como si el mundo se hubiera llenado de magia de repente ante la posibilidad de que hubiera personas con un adentro más grande que su afuera y uno tuviera que estar atento, muy atento, para desentrañar el misterio y descubrir la sutil luz que aquellas personas irradiaban.

Adquirí entonces el hábito de sentarme en las reuniones de los amigos de mis papás a observarlos, no fuera a ocurrir que se me pasara la presencia de un ángel. Desde ahí, empecé a ver ángeles en todos lados. Cualquiera que yo sintiera que me cambiaba la vida era un ángel, cualquiera con un carisma que superara mi comprensión o que poseyera una cualidad que admirara o envidiara.

Fue en aquellos días cuando conocí a Miguel. Miguel Ángel se llamaba. Una coincidencia graciosa, pues a mí me quedó claro desde el primer momento que eso era: un ángel. Posiblemente esa creencia estaba sostenida, sobre todo, en lo mucho que me gustaba. Era el primer chico que me gustaba en forma y, más aún, el primero

del que recibía atención, que me hacía bromas, hablaba a mi casa y hasta se ponía a charlar con mi madre, quien en seguida le dio el visto bueno. Miguel me dio mi primer beso, y cuando me mudé de Puebla al Distrito Federal (véase *Mudanza*), fue el único de mis amigos que siguió en contacto conmigo. Después, la vida. Poco a poco nos fuimos distanciando, él anduvo con mi vecina y a mí se me rompió el corazón, y aunque continuamos siendo amigos, cada vez fuimos teniendo menos cosas en común.

Sin embargo, esa creencia secreta de que el mundo estaba habitado por ángeles nunca me abandonó del todo, ni siquiera cuando dejé de ser creyente. Quizá sea mi figura particular de la gratitud: personajes supraterrrenales que se aparecen para cambiarte la vida.

**ÁRBOL DE NAVIDAD:** todos los años, mi familia y yo íbamos a cortar el árbol a Amecameca. Mi hermano y yo esperábamos con ansias que llegara la fecha, pues el viaje incluía quesadillas, picnic y excursión. Si había catarinas en el árbol, quería decir que tendríamos buena suerte. Por eso lo escogíamos bien. Caminábamos por hectáreas enteras de árboles, ponderábamos los pros y los contras de los diversos candidatos, y luego sacábamos el serrucho, tomábamos fotos familiares y subíamos al techo del auto el árbol elegido, no sin antes envolverlo en una red.

Al llegar lo decorábamos con todo tipo de adornos dispares que daban fe de nuestra historia familiar: botas con nuestros nombres, esferas que habíamos hecho en la escuela, etc. Le poníamos series de luces de todos los colores, las cuales titilaban a diferentes ritmos que iban acompañados –por supuesto– de una molesta musiquita navideña.

Por las noches me encantaba acercarme al árbol y acostarme a sus pies, hecha un ovillo, como un regalo. Me quedaba por horas ahí, arrullada por la melodía monofónica de fondo, soñando despierta, pensando y sintiendo el calorcito tímido de las series de

lucos. Era una sensación muy particular: por una parte había algo solitario y casi triste en el gesto; por la otra, era como entrar en una esfera de cristal en donde no podía pasarme nada malo, en donde el ruido de mis padres discutiendo no llegaba y podía quedarme dormida, en absoluta paz.

Poco a poco dejamos de ir a Amecameca; cada vez era más complicado hacer coincidir nuestras agendas y mi hermano y yo perdimos interés. El árbol también empezó a volverse más sofisticado, con adornos sólo en azul y plata y con las series completamente blancas palpitando a un mismo ritmo. Se volvió tan bonito como frío y dejaron de darme ganas de acostarme a sus pies. Quizá también porque crecí.

El año pasado recordé con nostalgia esta historia mientras luchaba contra mi pereza para poner mi propio árbol. La Navidad anterior había puesto uno hecho con puros libros y aunque había sido un episodio alegre, ahora estaba en una casa nueva y no parecía haber espacio para esos rituales.

Pensé entonces en la noción de hogar (véase *Hogar*). Sé que algo se perdió en el camino conforme me fui volviendo adulta, y no protesto. A eso también se le llama crecer, pero ésa no es razón para dejar de construir tu propio hogar cálido sobre el mundo, un lugar donde acostarse hecha un ovillo y sentirse segura. Esa misma tarde salí a buscar un árbol.

**AVIÓN (O FANTASÍAS):** siempre me ha gustado viajar en avión. Pensarlos como grandes pájaros de metal, veloces pero a la vez torpes y ruidosos, me produce un cortocircuito que me sorprende y desconcierta. Me gusta asomarme por la ventanilla y ver las ciudades como maquetas, encontrarles un orden que desde abajo resulta imperceptible. ¿Y qué decir de las nubes, esos fenómenos que más que naturales parecen surreales? Los aviones retan nuestra concepción espacio/tiempo, forjada sobre ruedas. Artefactos futuristas, siempre me han llenado la cabeza de metáforas.

Sin embargo, después de aquel viaje, algo cambió. En la primera escala me detuvieron en aduana (porque aparentemente hay más de un criminal con mi apellido) y se me perdieron las maletas; en la segunda, estuve atrapada durante horas en el aeropuerto porque había una tormenta infame y, cuando por fin despegamos, una turbulencia violentísima me mantuvo todo el vuelo tensa y agarrada al asiento. Al final, después de dieciocho horas, llegué a mi destino exhausta, ojerosa y estresada.

El regreso no fue más afortunado: primero estuve a punto de perder el avión por un malentendido y tuve que correr por toda la ciudad mientras le lloraba a un taxista, después no alcancé la conexión en el transbordo y me vi obligada a pasar la noche en un país cuyo idioma desconocía. Al día siguiente, justo antes de tomar mi último vuelo, vi una noticia en la televisión en la que aparecía un avión de la misma aerolínea que estaba usando, estrellándose, y aunque resultó ser una noticia de aniversario del desastre (como descubrí más tarde), cuando por fin llegué a mi destino me bajé con las piernas temblorosas y sin interés alguno por volver a despegarme de la tierra.

Después de ese viaje fatídico, empecé a soñar con aviones que se caían en el mar, que se prendían en llamas y desataban una histeria colectiva; soñaba con familias que morían frente a mis ojos y con la agonía de estar en medio del océano, aferrada a la vida, esperando un rescate.

Decir que la culpa de mis pesadillas solamente se debía a los tropiezos técnicos del viaje, sería mentir. En realidad, en esos días vivía en Madrid, y el solo pensamiento del Atlántico me revolvía el estómago, el Atlántico que era a la vez puente y abismo entre mi pasado y mi presente; entre mis deseos y mis decisiones (véase *Barquito de papel y Hogar*).

Sea como fuere, para cuando volví a subirme a un avión estaba más alterada que contenta, y en la hora que duró el recorrido no pude sino pensar en la muerte en todas sus variables. Eso tampoco

era nuevo en mí; era la misma niña obsesionada con la muerte que durante su infancia se dedicaba a pensar, no sin angustia, en lo que haría cuando sus padres se murieran, o más bien, *cuando* ellos padres se murieran, porque en su cabeza era un hecho inminente (véase *Secuestro*).

Esa obsesión tortuosa con la muerte había tomado diferentes formas con el paso de los años. Primero se trataba casi exclusivamente de la muerte de mis padres, de a cuál prefería si tenía que elegir, de los problemas más prácticos que tendría que resolver, de cómo podría ser autosuficiente a mis doce y de lo que implicaría la mudanza a León, que era la ciudad en la que probablemente acabaría en dicha emergencia. Más tarde empezó a tratarse más de mí misma y evolucionó en cálculos sobre qué tan probable era morir en tal o cual lugar y en qué haría si me raptaban, si me violaban, si me torturaban.

Era como si pensar esas cosas me sirviera para sentirme más en control, como si frente al temor de necesitar, ser vulnerable o indefensa dijera: “No necesito, yo puedo”, y de paso pudiera jugar a la heroína y sentirme protagonista de una historia épica en la que, pese a su gravedad, sabía mostrarme a la altura.

Todo eso lo pensaba en el avión y aun con conciencia de causa no podía frenar en la invención minuciosa de escenarios catastróficos, como si creyera que en la palabra de la víctima o de la superviviente hubiera una autoridad única, como si ella pudiera, más que cualquier otra persona, exigir ser escuchada como quería ser escuchada yo, o como si el dolor fuera necesario para legitimar la valentía o el valor de lo perdido.

Sin embargo, ese día entendí algo: entendí que, pasara lo que pasara, la vida continuaría. Igualmente tendría que acostumbrarme a los cambios, seguir buscando ser feliz, habituarme tarde o temprano a una vida ordinaria. No se puede lucrar con la muerte. Querer coronarse en la catástrofe es no entender la magnitud e inefabilidad de la verdadera experiencia de la muerte.

Es decir, si sobreviviera a una tragedia semejante, ¿qué podría decirles a mis seres queridos después? Probablemente nada. ¿Haría llamadas de borracha de tragedia al llegar a casa? No lo creo, porque nada de lo que importa ahora desde la comodidad de mi vida acomodada importaría entonces, no tras haber sido testigo y víctima de una catástrofe de tal magnitud.

El dolor nunca tiene recompensa. Los perdones, los tequieros o las confesiones pertenecen a la vida, y es en ella donde deben ocurrir, en el día a día, sin necesitar de situaciones límites que reconfiguren tus prioridades o resquebrajen tus paradigmas, como sucede a menudo en las películas estadounidenses. Recurrir a ellas para reactivar el mecanismo de la vida, aun en la fantasía, es un oxímoron innecesario, porque las situaciones límites, cuando no son un pobre recurso literario, son la nada, la pura nada.

## *B*

**BAILAR:** puedo evocar la escena en diferentes años de mi vida, repitiéndose siempre más o menos igual: estoy en una fiesta, y mientras todos se paran en la pista, yo sólo muevo mis pies, tímidamente, debajo de la mesa. Si alguien me saca a bailar, declino amablemente, y si me presiona, me levanto a regañadientes, demasiado consciente de mi ineptitud y contando los minutos que me permitirán regresar a mi asiento. “Se trata sólo de ir doblando las rodillas alternadamente para aparentar”, pienso.

Por lo mismo admiro tanto a las personas que saben bailar, porque intuyo que son todo lo que yo no soy: espontáneas, festivas, ligeras. Las admiro porque saben obviar los ojos que tienen detrás de la nuca y que les dicen todo lo que hacen bien y lo que hacen mal, porque pueden dejarse llevar por un ritmo que no es suyo, pero que toman prestado con naturalidad y alegría.

Sin embargo, no deja de resultar un poco exagerada mi aversión al baile. Es decir, existen muchos otros escenarios en los que el miedo al oprobio brilla por su ausencia y puedo ser la maestra misma del histrionismo y el ridículo, como lo he sido cuando he hecho *sketches* de *clown* o en mis funciones de cuentacuentos, pero cuando bailo, retrocedo en el tiempo y se me olvida que he crecido, me vuelvo esa niña demasiado frágil, demasiado torpe, demasiado ávida de pertenecer.

Recuerdo que cuando tenía seis años tomaba clase de ballet en la escuela, y la profesora, negada para tratar a niñas de esa edad, nos insultaba constantemente: “Estúpida”, era su ofensa. “Estúpida”, repetía yo en voz baja. Más tarde empezaron las coreografías. Es uno de los males de ir a una escuela de puras niñas: asumen que todas tenemos los mismos intereses y que uno de ellos es bailar. Había coreografías para todo, para el Día de la Madre y del Padre, para la clase de educación física y como actividad recreativa en los retiros.

Naturalmente, con mis dos pies izquierdos —o habría que decir derechos, porque soy zurda—, a mí nadie me quería en su equipo porque no me aprendía los pasos o tardaba mucho en que me salieran bien. Por lo mismo, me fastidiaba sobremanera, se me engarrotaban los músculos y ponía cara de estarla pasando mal, lo que, lejos de ayudar, lo volvía peor.

Cuando llegué a la adolescencia, ya había aprendido la lección: evita bailar a toda costa. Pero en la adolescencia hay que bailar para socializar y eso se iba volviendo una bola de nieve sin freno ni remedio: cuanto más era mi miedo, peor mi desenvolvimiento, y entre peor mi desenvolvimiento, mayor mi miedo. Las risas de los chicos de la escuela sonaban a lo lejos cada vez que me veía obligada a bailar, y mis ganas de desaparecer —de por sí muy intensas en esa época—, se incrementaban.

Pero ahora que aquello ya me parece la historia de otra, ahora que no he tenido otra opción que aprender a reírme de mis



errores y a no tomarme tan en serio (véase *Dieces*), puedo ver que el verdadero problema siempre estuvo en otra parte, y que al decidir que bailar no era lo mío, lo único que hice fue sedimentar toda mi inseguridad, mi dolor por el rechazo de aquellos años y mi miedo al ridículo.

Por eso, de vez en cuando, cuando me descubro moviendo la cabeza de un lado al otro al ritmo de la música, pienso en que me gustaría aprender a bailar, lo que, por mi historia, significaría superar mi ombliguismo, perdonar mi torpeza y aprender a dejar ir. Como dice aquella canción de Ely Guerra: “Quiero bailar, quiero sentirme hermosa, ser suave movimiento y gozar, quiero sentirme bien”.

**BARBIES:** Zayra era un año mayor que yo, lo que hacía que fuera fácil admirarla. Mientras yo seguía en primaria, ella ya había pasado a secundaria; se pintaba los labios y yo la imitaba y me contagiaba el ansia por conocer niños y por saber del mundo. Para mí, ella y yo teníamos una conexión única y éramos capaces de leernos hasta el pensamiento. El colmo de esa fascinación la descubrí recientemente, cuando al hojear mi diario de aquellos años descubrí que en una de las entradas yo firmaba, en un acto fallido digno de análisis, con su nombre.

Además de ser mi mejor amiga era mi vecina, y como ella tenía, junto con su hermana, un cuarto de juegos, un día decidimos mudar todas mis *Barbies* a su casa. Mi madre pegó el grito en el cielo —no me las fueran a robar—, pero yo ya estaba muy ocupada construyéndoles playas, cocinas, albercas, hospitales y cárceles. En ese cuarto y en esos juegos pasaba todo y no necesitábamos nada, hasta se nos olvidaba comer.

Y cuando digo que pasaba todo con las muñecas, lo digo en sentido poco figurado. Una amiga de la preparatoria tenía la teoría de que la razón por la que las mujeres somos mucho más tranquilas que los hombres en la pubertad es porque nuestras *Barbies*

ya tuvieron sexo; es decir, que nosotras ya descargamos toda esa ansiedad sexual que nace al descubrir cómo vienen los bebés al mundo y sentir por primera vez atracción por el sexo opuesto.

Y al menos en mi caso así fue. Mis *Barbies* no sólo tenían sexo, sino que además tenían vidas complicadísimas, diálogos llenos de melodrama, intrigas, encuentros y desencuentros dignos de telenovela. Mi *Barbie* favorita tenía el pelo muy corto porque “era moderna”, las suyas siempre combinaban ropa de forma estafalaria. Hasta la fecha recuerdo esos detalles y sonrío: mientras estábamos en ese cuarto, el mundo nos pertenecía y todo –absolutamente todo– podía ser reinventado.

Jugamos a las *Barbies* por años, hasta que nos dimos cuenta de que ya éramos muy grandes para eso. Entonces cambié el juego por la literatura, pues en ella podía seguir explotando el gusto por construir historias detalladas y complejas.

**BARQUITO DE PAPEL:** antes de irme a España a estudiar, Fernando me regaló un barquito de papel que decía *Mariana 1*, escrito con su puño y letra. Fernando había sido mi novio por dos años, y cuando me fui, tuvimos que despedirnos no sin lágrimas y protestas.

No obstante, el barquito de papel me lo llevé y durante meses fue casi el único adorno de mi cuarto, junto con una concha de Venecia y una brújula. Mi drama con él iba y venía, y los encuentros y desencuentros estaban a la orden del día en llamadas por Skype a deshoras, mentadas de madres y distanciamientos que pregonábamos sin acabar de cumplir.

No obstante, en todo ese vaivén el barquito seguía, incólume, en mi librero. No era sólo por Fernando, también era porque me gustaba pensarme viajera y emancipada, me gustaba sentir que yo era ese barco que se había liberado de su puerto, valerosa y siempre en búsqueda.

Diez meses después, aparecí frente a él un día con una *backpack* en la espalda y mi barquito de papel en la mano. Le pedí que me lo cuidara hasta que regresara definitivamente, para lo que faltaban dos meses. Dárselo era una forma de promesa.

Esa semana tuvimos un idilio torpe en el que repetimos los malsanos hábitos de nuestros meses de distancia; síes y noes, declaraciones sedientas y rencores tercos. Fantaseamos con tener un barco real y llamarle *Mariana 2*, pero todo era frágil y desgastado y no sólo no llegamos a tener ese barco, sino que en menos de dos semanas lo nuestro ya había acabado por completo y había acabado mal, yo me había regresado a mi exilio y, encima, él se había quedado con mi barco de papel.

Regresé a México a tiempo para su cumpleaños, pero eso ya no importaba porque él ya estaba festejando al lado de alguien más. Yo estaba destruida, no tenía trabajo y había regresado a casa de mis padres aun cuando me había prometido que nunca más lo haría.

Semanas después pasó a dejarme mis cosas en ese espeso e incómodo ritual de pareja que termina. Llegó sin avisar, me esperó en la puerta de mi casa, serio y nervioso, con un cigarro en la boca que nunca soltó y sus lentes oscuros Ray Ban que nunca me gustaron —claro, los lentes eran importantes, no fuéramos a tener contacto visual—. Me extendió una bolsa negra de las que se usan para la basura, grande y rota, con un montón de cosas inservibles. Las amontonó todas, sin importarle la categoría: libros y cosméticos, carpetas con hojas, una botella de mezcal, un *sleeping bag* y hasta un billete de quinientos pesos arrugado al lado del champú y de mi cargador de la cámara.

Sin embargo, el barco de papel me lo dio en la mano. ¿Por qué precisamente el barco?, ¿por qué no ponerlo con el resto de las cosas? Me pareció simbólico. Bien podía haberlo metido a la bolsa junto con el último regalo que le di —que era otra promesa— o de mi cepillo de dientes; pero no, me lo dio en la

mano, como si quisiera decir: “Paso estafeta, ahora estás sola en esto”. Treinta segundos después se estaba yendo, esta vez para siempre.

Aún guardo el barquito en alguna caja en casa de mis padres. Si fuera justa con la historia, debería de ir a dejarlo a un parque donde haya un lago, un estanque o una fuente. Guardarlo es una terquedad, pues el agua ha seguido fluyendo y nosotros, con o sin velas, hemos iniciado más viajes por separado.

**BESUCONA:** No estábamos en igualdad de condiciones. De todos mis primos yo era la única niña y era la menor, y mientras a ellos ya les borboteaban las hormonas y no podían con las ganas de iniciar sus experiencias sexuales, yo todavía no tenía la malicia ni siquiera para entender de lo que hablaban. Eso, sin embargo, no significaba que no quisiera jugar con ellos, al contrario, me emocionaba cuando lograba que me incluyeran en sus juegos de niños. Sólo que para mí era otra cosa, era pertenencia, era ansia de mundo.

Lo único que yo quería era que me dejaran jugar con ellos y estaba siempre dispuesta a pagar el precio, a jugar a las escondidas aunque no me gustara correr y, aunque escondida, de los nervios me estuviera haciendo pipí; a andar en bicicleta aunque me aterrara saltar rampas y banquetas y aunque odiara que Pablo, mi hermano, las saltara. Yo le rogaba que no lo hiciera y todos los niños de la colonia se reían de él porque su hermana pequeña se metía y él me mandaba a la casa.

Pero yo quería ser parte, quería ser niño y rasparme las rodillas, y cuando me decían que era una mocosa, me quedaba a la mitad de la cancha conteniendo las lágrimas y diciendo que no era cierto, que no era cierto, que yo podía, que yo era fuerte. Y esa presunta fortaleza la llevaba a todos lados y no la soltaba ni siquiera cuando jugábamos a las prendas y yo era la única niña. Entonces me quedaba ahí, quietecita y tiritando en camiseta.

Recuerdo en particular una ocasión en la que estábamos jugando en mi cuarto y a alguien se le ocurrió ese juego. Había que saber multiplicar y aplaudir cada vez que tocara un múltiplo de cinco o de siete, pero yo estaba en primero de primaria y todavía no me enseñaban a multiplicar, así que, evidentemente, estaba perdiendo a gran velocidad. Al ver la situación, mi hermano me puso la lista de las multiplicaciones en una tarjetita para ayudarme, pero yo llevaba poco tiempo de saber leer e igual seguía perdiendo. Mi hermano sólo me miraba con tristeza. Era como si quisiera ayudar, pero no se atreviera, o como si quisiera que yo no fuera su hermana o que yo no fuera una niña, que yo fuera una muñequita de cristal que pudiera proteger de todo mal. Porque eso era para él.

Cuando era una bebé y él un niño de dos o tres años, me decía Nena. Nena, ven aquí. Nena, yo te ayudo. Cuenta mi mamá que en aquella época se metía a mi cuna para intentar enseñarme a salir, pero yo era una bebé de patitas torpes y ganas de mirar el techo y nunca lo logró. Entonces tenía que quedarse en la cuna para jugar conmigo.

Pero me decía Nena y me tomaba de la mano. Fue él quien me enseñó cómo echarme del tubo en los juegos del parque, me cargaba, me abrazaba y me decía: “Pon la manita aquí, Nena”. Yo era su muñequita de cristal, y cuando la muñequita perdía la playera y tiritaba porque no sabía multiplicar, él la miraba con tristeza.

Y entonces yo hacía como que no tenía frío, pero los ojos se me iban poniendo rojos hasta que decidía dejar de jugar y me iba indignada. “¡Ya no juego!”, decía. Intuía que era trampa. Ellos tan hombres, mayores que yo, se reían, se reían y me decían que no sabía jugar, que me llevaba y no me aguantaba. Yo igual me ponía mi playera y salía del cuarto. Mi hermano se sentía aliviado, podía estar segura de ello. Y el resto de la noche tenía que pasarla fuera de mi propio cuarto, escuchando sus risas, pensando en qué podía

hacer para volver, con qué excusa entrar, pensando que quizá lo de la ropa no importaba tanto.

“De lo que te perdiste”, me decían. “Ya no viste a Javier que se encueró, es casi de tu misma edad y él se quedó hasta el final.” Y a mí qué más me daba verlo. ¿O me daba? ¿O tenía que darme? Sabía que tenía que querer estar, pero yo sólo quería dormir en mi cuarto, quería que se acabara ya la Navidad y cada quien regresara a su casa.

Eso sí lo recuerdo. Lo que no recuerdo son los besos y por eso me pareció tan indignante cuando, ya siendo adolescentes, mi primo cinco años mayor que yo me dijo que yo le había dado su primer beso. “Eras una besucona”, me dijo, y para demostrarlo le preguntó a mi otro primo, un año mayor que él. “¿Verdad que era una besucona?” “Los caballeros no tienen memoria”, contestó entre risas, “y yo, de lo que pasó en ese clóset, no recuerdo nada”. Imbéciles. Yo tampoco recuerdo nada, tenía sólo seis años y lo único que quería era que me incluyeran para jugar.

**BODYPAINING:** entrar a la universidad fue para mí una bocanada de aire fresco. No sólo porque venía del ambiente viciado de mi preparatoria, sino porque, cumplidos los dieciocho años, me sentía adulta, dueña del mundo y moría de impaciencia por hacérselo notar a todos. Lo primero que hice fue cortarme el pelo cortitito y pintármelo color zanahoria. Luego me perforé el ombligo, me emborraché por primera vez y probé la mariguana. Cambié mi forma de vestir, me conseguí un novio que, coincidentemente, era el presidente de la carrera (lo que según yo me colocaba en algún lugar imaginario prestigioso) y, seguramente, hasta me reía en voz más alta, con el aplomo de quien ignora la duda.

Bien merecido lo tenía, la verdad, sobre todo viniendo de tantos años de pesadumbre y torpeza social, de melancolía y aislamiento. Es muy común escuchar historias de infancias idealizadas y felices, pero en mi caso fue al revés: la ligereza de espíritu, la

alegría gratuita e incluso la irresponsabilidad me fueron llegando sólo conforme el paso de los años, y no fue sino hasta la edad adulta cuando aprendí a relajarme a ratos, a ser insolente, festiva, improvisada.

En ese ánimo andaba cuando me encontré un anuncio en el que se buscaban modelos para *bodypainting*. Me entusiasmé muchísimo y hablé en seguida para apuntarme. Me emocionaba la idea de reivindicar mi propio cuerpo (me sentía delgada, bonita e independiente, autopercepciones que me eran nuevas), moría de ganas de tener fotografías de estudio, y el hecho mismo de ser un lienzo y sentir los pinceles sobre todo mi cuerpo mientras éste se llenaba de figuras y colores me llenaba de una risa nerviosa.

Cuando llegué a contárselo a mi mamá, lo desaprobó, como supe que lo haría. No me importó demasiado. En cualquier caso no le estaba preguntando, pero hubo algo triste y emancipador a la vez en poder verlo con tanta claridad: nunca, hiciera lo que hiciera, iba a lograr complacerla. No era que no me quisiera, siempre me ha querido mucho, era que, en el fondo, a ella le hubiera gustado que fuera alguien más, más parecida quizás a mis primas de provincia. Quería una hija interesada en cumplir con lo establecido, en buscarse algún marido que la mantuviera y que evitara que hiciera cualquier cosa que pudiera parecer ignominiosa.

“No es que no me quiera, es que le caigo mal”, decía cuando estaba más chica. Y lo sigo sosteniendo en parte. Tal vez porque me parezco mucho a mi padre, y conmigo se enoja por lo que no se atreve a enojarse con él. O porque durante mucho tiempo me dediqué a cuestionar, casi recreativamente, cualquier supuesto del que ella partiera. O tal vez porque, en verdad, he sido mala hija, porque no he sabido entender, porque durante mucho tiempo la culpé de lo que a mí me parecía debilidad, porque no se defendía ni buscaba la conciliación a toda costa, aún si implicaba ir en contra de sí. O, tal vez, simplemente me rechaza porque no soy

mi hermano, porque no soy hombre ni soy la mayor ni soy tan social ni dejo ir tan rápido.

Pero ésa era yo. Ésa soy. Ésa que moría de ganas por ser modelo de *bodypainting* e ir más allá de sí misma y de su propio pudor, ésa que defendía que la primera parcela política por conquistar era el propio cuerpo, que el arte rompía fronteras, que era capaz de entusiasmarse por quitarse la ropa frente a un montón de desconocidos e intentar cosas nuevas.

La sesión fotográfica fue un éxito y la fotografía elegida (era para una exposición) la puse en un rincón de mi cuarto como recordatorio: había belleza en ser yo y era una empresa a la que no quería renunciar, decepcionara a quien decepcionara.

## C

**CARACOL:** a los siete años sentía una enorme fascinación por los caracoles. Había muchísimos en mi jardín y yo quería criarlos en un frasco para que se reprodujeran. Me habían dicho que los caracoles salían en época de lluvias y por eso yo miraba al cielo y esperaba con impaciencia a que lloviera, para que salieran. Ante la lentitud del proceso, se me ocurrió una idea: en la escuela me habían enseñado el ciclo del agua y yo sabía que, para que lloviera, tenía que haber nubes, y que las nubes eran agua condensada. Así que pensé: “Si pongo agua en mi azotea, se va a evaporar, se volverá una nube y lloverá”, y sin perder más tiempo subí corriendo con mi palangana a la azotea. Mi mamá me explicó, muerta de risa, que eso no iba a funcionar.

En cualquier caso, mi pasión por los caracoles no cesó. Un día vi a uno andando por ahí y lo tomé de su concha. Al voltearlo, me di cuenta de que tenía tierra en la panza, lo que me causó mucha ansiedad. Los caracoles nunca se ensuciaban, aunque fueran babosos y caminaran por la tierra, por lo que, para mí, ese caracol



“había salido malo”. Intenté limpiarlo. Agarré la manguera y le eché agua a presión, para ver si la tierra se caía. Pero no, continuaba sucio. Desesperada, me pareció que la única solución posible era matarlo, en una suerte de eutanasia, así que agarré un ladrillo, y volteando la cara hacia otro lado, con los ojos bien apretados, lo maté, no sin angustia y culpa.

“Pobre niña”, pensé muchos años después. Porque la misma lógica que aplicaba para el caracol aplicaba para el resto de las cosas: lo imperfecto no tenía cabida en el mundo, lo imperfecto debía ser aniquilado. Y yo, imperfecta, era el primer estorbo en mi misión, porque si no era perfecta, entonces no valía la pena y entonces para qué. Me parecía muy doloroso que no hubiera forma de empezar de cero, de borrar la mácula, de vivir una vida sin fisuras ni errores ni vergüenzas (véase *Dieces*).

Aún me lo parece a veces. Y si tengo en el corazón un hospital de caracoles y en la boca un sinfín de discursos sobre el perdón y la inclusión de lo roto, es precisamente porque en el fondo me sigo sintiendo esa niña, verdugo implacable que corta cabezas de todo lo que quiere y, sin embargo, no puede conservar indemne.

**CENIZA:** cuando me acababa de mudar a Puebla, me fascinaba ver caer la lluvia de ceniza, sentía que estaba presenciando un evento sobrenatural. Mi madre no me dejaba salir a jugar porque decía que la ceniza se me iba a meter a los pulmones, así que me conformaba con asomarme a la ventana y observar cómo el paisaje se opacaba lentamente. Cuando la lluvia cesaba, salía corriendo a recolectar la ceniza y la guardaba presurosa en pequeños frascos, antes de que el viento hiciera de las suyas.

La primera vez que lo hice fue porque quería regalarles esos frascos a mis amigos del D.F., mandárselos por correo como quien manda un *souvenir* exótico desde tierras lejanas y poder contar triunfal la anécdota de que, cerca de donde yo vivía, estaba el Popocatepetl que amenazaba con hacer erupción. Muy probablemente ellos

ya estaban al tanto, pero, de cualquier manera, contarlos de viva voz le confería un valor heroico. O eso creía yo. Probablemente recibieron los frascos con esperado entusiasmo infantil y con ese mismo desenfado los olvidaron pronto. Yo no. Yo seguí recolectándolos ceremoniosamente, hasta que poco a poco empezaron a llenar mi habitación.

La idea de que lloviera ceniza me pareció durante mucho tiempo hermoso y siniestro a la vez. Por una parte, era un fenómeno casi sobrenatural que me embelesaba; por la otra, no dejaba de ser escalofriante que ésa fuera mi postal de infancia: un lugar donde siempre llovía ceniza y en el que, en silencio, esperábamos la catástrofe, la erupción de un volcán (véase *Secuestro*).

Y en cuanto pienso en la ceniza, se completa la imagen en mi cabeza. Aparece, por ejemplo, un fraccionamiento de casas abandonadas en el que solía jugar con mis primos y que despertaba en todos esa adrenalina que da el peligro; contábamos historias de terror y nos metíamos a hurtadillas en esas casas, con el corazón palpitando a toda velocidad.

Recuerdo que en una ocasión encontramos un pájaro muerto en una de ellas. Era hermoso. Tenía el plumaje azul, tornasolado y brillante. Me le quedé viendo en cuclillas, asombrada. En eso, mi primo Bruno agarró un palo y lo volteó. Estaba lleno de gusanos. Desde ahí, ése se volvió mi símbolo personal de lo siniestro: un pájaro hermoso que cuando lo volteas está lleno de gusanos.

Tuve también otras infancias, más alegres, más soleadas, pero esa fotografía le hace justicia a una sensación de soledad muy particular que me acompañó durante mi niñez: un pájaro muerto, una casa abandonada y una lluvia de ceniza.

**CUERPO:** “Quiero ser masajista”, le dije un día solemne a mi padre, quien me pagaba, a mis seis años, tres pesos porque le hiciera masaje en los pies. Él me disuadió explicándome que si me volvía masajista, tendría que masajear a señores gordos con hongos

en los pies. Y así fue como acabó mi carrera de masajista a tempranísima edad. Luego quise volverme matemática, doctora, reina y cocinera, hasta que en quinto de primaria decidí que quería ser escritora y de ahí no me moví. Sin embargo, de entre todas mis profesiones fallidas, creo que había algo muy genuino en mi deseo de ser masajista, tanto, que hasta la fecha coqueteo con la idea.

Hay personas cuyos recuerdos están vinculados a los olores. Los míos, en cambio, están vinculados al tacto. Si siento escozor en la piel y hace calor, mi mente viaja a la primera vez que fui a la playa; si tengo el pelo mojado y estoy cansada, automáticamente recuerdo mis clases de natación. Y cuando tengo un problema con alguien y tenemos que hablar, no concibo hacerlo sin desmoronarme, a menos que haya un lazo físico entre nosotros: que me esté tomando la mano o que pueda sentir el calor de su pierna al lado de la mía.

Y, sin embargo, para ser tan táctil vivo demasiado desconectada de mi propio cuerpo, una deformación de mi vocación excesivamente teórica: yo quería entender “lo importante”, y eso no se encontraba en lo inmediato sino en su fundamento conceptual y en sus implicaciones metafísicas.

Rumiante intelectual desde pequeña, me fui volviendo cada vez más hábil para desconectarme e irme siempre a otro mundo, sobre todo cuando éste no me resultaba suficientemente evocador, pues consistía –qué aburrido– únicamente en ir al súper con mis papás y escucharlos discutir por tonterías.

Pero el ensimismamiento es un vicio devorador que no da lugar a nada más (véase *Hoyo negro*) y conforme fui volcando la mirada para dentro, fui dejando de ver (“pensar es estar enfermo de los ojos”, decía Pessoa). Ésa pudiera ser la explicación de por qué les parecía tan antipática a tantas personas de mi pasado, familia extensa incluida, porque se me notaba el recogimiento a leguas de distancia, la incapacidad para fundirme con los acontecimientos y con mis propios sentidos.

Convivir o hablar de trivialidades me parecía una pérdida de tiempo que sólo creaba falsos espejismos y me alejaba de mis búsquedas etéreas, comenzando con mi cacería de ángeles (véase *Ángel*). “Si no tuviera cuerpo –pensaba–, mis relaciones con los otros podrían ser más puras, depuradas de falsos problemas”. Era una forma fácil de lidiar con las inseguridades que me daba mi propio aspecto, sobre todo cuando empezaron a gustarme los chicos y yo no podía sino sentirme una niña torpe, con el pelo esponjadísimo y la ropa siempre sin combinar y fuera de lugar.

Tardé en entender que, hiciera lo que hiciera, iba a tener que arrastrar ese lastre material. No fue sino hasta hace pocos años (un día en el que seguramente me rehusaba a bailar [véase *Bailar*]), cuando pude entender que yo no era únicamente mi cerebro, que había grandes placeres escondidos detrás de las actividades simples y que por buscar lo importante había estado perdiéndome de lo realmente importante para mí.

**CUESTIONAR:** “No voy a hacerlo hasta que me expliques por qué”, era mi berrinche habitual, casi siempre infructífero. En mi casa estaba prohibido cuestionar, no tanto por represión como por incomodidad: mi madre se había tardado mucho en peinar su mundo de deberes y prejuicios como para que yo llegara, de buenas a primeras, a despeinárselo, razón por la que mis preguntas siempre recibían evasivas, y si osaba insistir en ellas, mi madre se enojaba y lo tomaba como un insulto personal, porque ella era sus ideas e ir en contra de éstas era ir en contra de ella.

La mirada hacia dentro se consideraba subversiva y uno tenía que adivinar a tientas las cosas que no podían ser nombradas, porque –claro– no te las decían. Como niña de ojos grandes, tardé en comprender la desesperación con la que mi madre intentaba preservar el *statu quo*, y no se diga del complejo método de institucionalización de las mentiras (repetir sistemáticamente algo falso hasta que parezca verdadero), que hasta la fecha sigue pareciéndome desesperante y confuso.

Esa prohibición tácita pronto se convirtió, consciente o inconscientemente, en mi batalla personal, y a la menor provocación estallaba en discusiones *ad nauseam*, en parte porque no me cabía en la cabeza que algo pudiera ser “porque sí” o “porque así había sido antes”, y en parte porque el solo ejercicio empezaba a parecerme deleitoso, al margen del resultado.

Conforme fui creciendo, dejaron de bastar las discusiones y empecé a hacer también cartas, tratados y hasta algún contrato de derechos y obligaciones entre padres e hijos para que las reglas estuvieran claras y no hubiera trampas ni ambivalencias. Mis padres sólo ponían los ojos en blanco.

Parecía un mero síntoma de adolescencia, y en parte lo era, pero en contra de las esperanzas de mis padres, no se detuvo ahí. En cuanto pude, hice de la duda mi sistema; estudié filosofía porque quería tener las bases para criticar, y psicoanálisis porque intuía que detrás de lo patente había un mundo digno de ser explorado.

Había mucha soberbia en ese ludismo intelectual y falso empoderamiento, pero también una búsqueda genuina por la verdad y un interés real en hacer, a saber, el mundo más habitable (véase *Malentendido*). Lo que no preví es que, al hacerlo, la verdad se me escondería una vez más, ahora detrás del sospechosismo y la arrogancia, de la falsa presunción de creer haber despertado del sueño dogmático y del mal hábito, muy propio de mi campo, de señalar siempre la pata floja de las cosas.

Caí entonces en la soberbia de reírme de quien pregona la felicidad y me refugié en un escepticismo funcional en el que no requería meter las manos al fuego por nada. Concedí todo lo que me enseñaban (¿o me desenseñaban?) en la escuela: que todo estaba plagado de dispositivos de poder y que yo no era yo y que Rimbaud y que Hegel y que Lacan. Me fui quedando sin trincheras desde las cuales defender algo, pues todo parecía imaginario o endeble.

Tardé tiempo en darme cuenta de que el polo opuesto tenía los mismos vicios que aquel del que venía huyendo. De la misma

manera en la que en mi infancia cuestionar se consideraba una falta de modales, ahora la falta de modales consistía en creer, en comprometerse y en afirmar cualquier cosa. Dos tipos distintos de intransigencia.

Desde entonces intento conquistar la sinceridad, vivir y decidir conforme a lo que siento, a lo que soy y a lo que creo que me hace sentir bien, argumentos aparte. No obstante, a menudo me encuentro todavía con los grandes diques de mis propios vicios racionalistas (véase *Sentimientos*) y evoco a mi madre con empatía, y es que no es sencillo despojarse de las propias estructuras.

## D

**DIARIO:** años de tener un diario, años de esconderlo en un recoveco oculto en el baño y años de mi madre haciendo aquella broma que ya me sabía de memoria: “Mientras estabas en la escuela, estuve leyendo tu diario y está superinteresante”. Era su forma de sugerir que no lo había leído y de quitarle filo a un tema que era importante para mí: leer mi diario estaba prohibido y más que prohibido, estaba por encima de toda la lista de lo prohibido. No era que escribiera gran cosa, en realidad escribía mi cotidianidad, mis pleitos con mi madre porque no me dejaba ver a mi amiga Zayra (véase *Barbies*) –creía que era mala influencia–, mi admiración por ciertas niñas de la escuela. Pero los años fueron pasando y con eso cambiaron también mis intereses, mis problemas y las preocupaciones de mi madre. Lo más destacable fue que mi centro de atención se volvió mi primer gran amor, Mauro (véase *Amuleto*), y en mi diario me dedicaba a narrar mi relación con él, así como nuestras primeras incursiones, bastante inocentes, en nuestra propia sexualidad.

Nos dábamos besos, nos acariciábamos un poco por encima de la ropa, pero, sobre todo, vivíamos todo eso con gran intensidad,

como si no existiera la vida después de ello. Mi madre no estaba nada contenta con la situación, en parte porque para ella Mauro era el culpable de que yo no me adaptara a mi nueva escuela (cuando en realidad Mauro era la fuga, el único punto de apoyo en un momento en el que el resto de mi cotidianidad parecía un infierno), y en parte porque lo único que ella veía era que, cuando iba a la casa, no hacíamos nada más que estar en la sala, besándonos, como adolescentes que éramos.

Así que decidió tomar cartas en el asunto. Empezó a tratar más a Mauro, a vigilarnos casi persecutoriamente y a intentar disuadirme de seguir con él. Cuando vio que nada de eso daba resultado, un día me mandó de viaje en nombre de su preocupación genuina de madre. “Para que te distraigas”, me dijo, y en mi ausencia se puso a buscar mi diario. No le gustó lo que leyó: rebosaba cursilería, pero también estaba plagado de un erotismo arremedado, más proyectivo que otra cosa. Mi madre se alarmó con lo que encontró y, no conforme con su invasión inicial, salió corriendo a buscar a mi padre para que leyera también mi diario.

Cuando regresé de mi viaje y los vi, fríos y solemnes, supe que algo andaba mal. Me encerraron en su cuarto para hablar y confesaron su intromisión. Después mi padre me sermoneó por horas, hablando de la importancia de la madurez, de la sexualidad, de quién sabe qué tantas cosas. Yo no escuchaba siquiera, sólo estaba esperando poder salir de ahí. Nunca en mi vida me había sentido tan expuesta, tan traicionada y sólo los miraba con odio, incrédula de que hubieran sido capaces de hacer una cosa semejante y que, encima, quisieran que lo discutiéramos racionalmente, dos contra una y mientras me tenían encerrada en su cuarto.

“Han perdido mi confianza para siempre”, les dije saliendo del cuarto, y era para mí una promesa. Nunca antes había sentido tanto rencor, tanta rabia. A la menor oportunidad, tomé mis cosas y me salí de casa. Mi huida fue un fracaso porque pocas cuerdas más adelante me encontraron; no fue difícil, yo iba a pie y ellos en

coche. Pero en cualquier caso es verdad que esa confianza nunca se restauró del todo, y si antes ya tendía al secretismo, después de aquel día llené todo de contraseñas y candados, mi sexualidad incluida (véase *Orgasmos*).

**DIECES:** muy temprano descubrí mi habilidad para la escuela, consecuencia natural de mi gusto por ella. Cuando mi hermano estaba en el kínder y empezaban a dejarle sus primeras tareas de bolitas y palitos, yo me ponía a llorar porque a mí no me dejaban tarea, y mi mamá tenía que darme una hoja aparte para que yo también hiciera mis bolitas y palitos. Y cuando por fin pude ir, recuerdo las cosquillas que sentía en la panza por la emoción de aprender, no importaba qué.

No tardé en destacar. Y en cuanto lo hice, empecé a recibir reconocimiento de todos los adultos, me volví la favorita de la *miss* y mis padres no perdían oportunidad para hacer notar lo buena que era en la escuela, sobre todo frente a mi hermano, para quien la escuela siempre fue una pesadilla.

Yo disfrutaba, naturalmente, toda esa faramalla y aplauso, pero en el camino algo se desvirtuó: empecé a creer que ese espejo verdaderamente me reflejaba *a mí*, a la niña inteligente, a la excepcional, y que en eso se cimentaba mi valor, el amor de mis seres queridos y el respeto de mis autoridades.

Crecí así con una mezcla agrídulce de vanidad y sobrevigilancia. Por una parte creía haber descubierto la fórmula secreta para el éxito, sabía hablar todas las lenguas de la diplomacia y la academia, era disciplinada y menospreciaba los retos; por la otra, sabía que no tenía otra opción más que seguir siendo la estrellita y generé un miedo atroz por el fracaso, al grado de que un simple ocho era capaz de hacerme explotar en llanto.

Recuerdo que en la universidad me diagnosticaron depresión en alguna ocasión que pasé días llorando. Pero yo nunca he estado propiamente deprimida, nunca he perdido interés por las cosas ni



he descuidado mi vida cotidiana. Lo que yo tenía no era depresión sino ataques de pánico. Me ocurría, semestre tras semestre, cuando estábamos en entregas finales. Me estresaba sobremanera porque temía no acabar a tiempo o que mi trabajo no fuera perfecto; me temblaban los dientes, sentía náuseas, no podía respirar ni pensar ordenadamente y toda yo era un manojo de angustias. “Exagerada”, me decían con acierto, pero es que toda mi identidad se jugaba ahí, en mi habilidad para la escuela. Esa desesperación sólo la he sentido en otro escenario: cuando termino con un novio. En ambas circunstancias se activa el mismo terror infantil, el terror a desaparecer, a no valer nada. La pregunta subyacente parece ser: “¿Entonces no soy esa niña brillante, esa mujer digna de ser querida?”

Llegó el día de graduarme y no tardé en estrellarme contra una pared, porque afuera de la escuela los criterios para “sacar un diez” eran otros, más ambiguos e imposibles de cumplir. Los miedos que me acompañaron durante años de pesadillas se corroboraron entonces: la fórmula secreta no existía y yo no era ese ser genial que me hicieron creer mis maestras de primaria. Al menos no sin matices, no sin suerte, no sin errores que manchaban los registros para siempre.

No fue de sorprender, por tanto, que me desmoronara cuando una revista decidió no volver a contratarme porque la corrección que les hacía no les parecía suficientemente profesional; mi primer fracaso laboral. Ya no era un tema de vanidad, era más que eso: acostumbrada a medir mi valor con criterios externos, ya no tenía otra forma de medirme. Conclusión parcial: no valía nada.

Fue ahí cuando deseé haber sido un poco más como mi hermano o como esos niños desenfadados para quien la vida no se trata de “pruebas a superar”; de haberlo sido, tal vez habría sabido comprender que el amor de los míos y la capacidad de pasarla bien se encontraba en otro lugar y dependía de algo más gratuito y más dulce: dependía únicamente de ser y de estar.

## F

**FANERÓGAMA:** recordar como quien toma una fotografía. Con la luz al centro y la oscuridad rodeándola. Y la oscuridad la rodea y la rodea hasta que parece una escena aislada, ajena a la realidad que la circunscribe.

Yo sentía una enorme fascinación por él, quizá porque siempre lo sentí como mi defensor y mi aliado frente a los otros niños. Por lo mismo, mi lealtad por él era total; por no decir mi gusto, porque cuando lo veía me ponía contentísima y me dolían los cachetes de tanto sonreír. Él era consciente de mi fuerte inclinación hacia él y a veces abusaba, yo de nueve y él de catorce, me mandaba por la pelota y me daba instrucciones sabiendo que yo nunca me rehusaría.

Un día se quedó a dormir en la casa. Yo estaba emocionadísima. Esperamos a que diera la noche para que mis padres se fueran a descansar y quedamos, junto con mi hermano, en que nos despertaríamos en la madrugada. Me fui a acostar.

Unas horas después me despertó una luz en los ojos. Él estaba al borde de mi cama, sentado, serio, alumbrándome con una linterna. Me pidió que fuéramos al cuarto de mi hermano, supongo que para curarse en salud en caso de que mi madre se despertara.

“¿Sabes qué está de moda y qué hacen los grandes? –me dijo–, empieza con fa”. “¡Fanerógama!”, dije sin pensarlo, pues había estado estudiando esas plantas en la escuela. No. La respuesta correcta era “fajar” y lo que entendía por “fajar” era, además, algo distinto a lo que entendí más adelante que era.

Lo demás es una serie de pensamientos, de sensaciones desarticuladas. Me hace tocarlo y yo obedezco, aunque lo hago con mucha sutileza, apenas lo rozo, ligera, mínimamente, esperando que eso fuera suficiente para cumplir. Después me examina con su linterna. Me quedo quieta. Me recorre todo el cuerpo y se detiene en mi sexo. Quiere verlo. Quiere ver qué es una mujer. Pero yo no

soy una mujer y tengo miedo. Intenta penetrarme con el dedo y me duele, pero, sobre todo, siento una gran vergüenza. Dentro de todas las emociones posibles, siento vergüenza. Debería de sentir odio. Debería tantas cosas. Gritar, salir corriendo. Pero en vez de eso me preocupa mi pudor. Es decir, me preocupa su mirada, lasciva y calculadora a la vez, como si ahora yo fuera el pájaro muerto (véase *Ceniza*). Me preocupa porque soy una niña, pero ya tengo un par de vellos púbicos. Me dan vergüenza mis vellos púbicos. Me da vergüenza no ser esa mujer.

Es mi culpa porque yo quería jugar, pienso. Y al día siguiente no puedo deshacerme de la sensación persecutoria de que todos se darán cuenta, porque huelo a él y no puedo quitarme su olor, siento que me cubre por completo, aunque me bañe. Me preocupa, además, pensar que me pidió unos calzones. Quería que le diera los que traía puestos, pero hice trampa y fui por otros. ¿Qué haría con ellos? La idea de que alguien más los descubriera —su mamá, por ejemplo—, me aterraba por completo.

Después de eso me fui alejando poco a poco, conforme fui entendiendo. Conforme y no antes, porque su candidez ya había vuelto para la hora del desayuno, y creo que aún después de eso, seguí siendo atenta con él; las sombras tardaron en tomar forma.

A veces pienso que esto bien podría haber sido otra cosa, un sueño nebuloso, una anécdota como cualquier otra, fragmentada, adornada con gracia. Pero no. Se convirtió en un monstruo a mis espaldas. Y lo resiento. Resiento no haber tenido la creatividad para darle una paleta colorida, resiento haberme hundido en un lodo innecesario, absorta como siempre frente a las pequeñas crueldades, mínimas, ésas que no significan más de lo que son pero que para mí fueron siempre otras.

Regresa entonces aquella palabreja: “fanerógama”. Las plantas fanerógamas son aquellas cuyo conjunto de órganos sexuales se presenta en forma de flor, a manera de ornamento, distinguible a simple vista. Eso soy. Una fanerógama. Desde aquellos juegos del

clóset (véase *Besucona*), fui un objeto sexual antes de consolidarme del todo como sujeto y, en consecuencia, me muevo por la vida con la sensación de que llevo mi sexo como ornamento, distinguible a simple vista, con toda la ambigüedad que eso representa: es mi arma y mi puente y, al mismo tiempo, mi fragilidad y mi incapacidad para cruzarlo. Histérica de catálogo. Siento que quizá toda mi historia hubiera sido distinta si hubiera podido entender, en aquellos años, que el cariño de los demás podía presentarse con autonomía de su deseo sexual.

*H*

**HERMANA:** hay historias que por sus elementos narrativos en seguida se vuelven legendarias, como la historia de Joaquín (véase *Pibe*) que incluye un idilio internacional y una muerte prematura. Pero hay otras historias, en cambio, que son mucho más significativas y que, sin embargo, su misma constitución impide que sean narradas con la justicia que se merecen.

Ella se llamaba Mago y era la muchacha de mi casa. Cuando llegó, yo tenía seis años y ella catorce y de inmediato nos volvimos amigas, pero más que eso, ella tomó el lugar de mi hermana mayor; tenía la autoridad para regañarme, era la única que podía hacer que me acabara la cena, y cuando me cachaba haciendo travesuras, me hacía cosquillas y me cubría frente a mi mamá. Yo la adoraba y le decía justo eso, que para mí ella era mi hermana mayor.

No eran tiempos fáciles para mis padres, que estaban muy ocupados consigo mismos y con mi hermano, quien tenía mal rendimiento escolar y parecía necesitar, en general, mayor apoyo. Por eso, el hecho de que hubiera alguien que sí me viera, que sí se preocupara por mis procesos y se inmiscuyera en mis asuntos, hizo mi mundo infantil más alegre y más habitable. Estuvo casi diez años con nosotros.

Pasados los años se casó con Josué, el chofer de la empresa en la que trabajaba mi padre. Nosotros regresamos al D.F., de donde éramos originalmente, y ellos se quedaron en Puebla y fundaron una familia. A la primera hija le pusieron Rocío, en honor a mi madre; a la segunda, Renata, pero en labor de parto Mago murió.

Cuando me informaron, me quedé impasible. Estaba triste, por supuesto, pero lo que sentía era algo más que tristeza. Me sentía extrañada, vacía, desconcertada. No podía ni siquiera llorar. Y es que todo había pasado de forma muy natural, no había dado tiempo de poner los significantes en su lugar, de darle importancia. A diferencia de como me hubiera despedido de un amigo o de un amante, con ella todas mis despedidas habían sido ligeras, casi intrascendentes. Y ahora me encontraba frente a una despedida más, esta vez definitiva, y ya era muy tarde para hacerlo significativo, para abrazarla, para decirle que la quería mucho y la iba a extrañar.

No sabía dónde colocar ese hueco en el pecho, porque de pronto parecía que no perdía nada, porque mi vida seguía igual, porque todo seguía su curso *aparentemente*. Pero algo, algo invisible, algo que sabía que no podría entender mi compañera de clase o incluso mi propia madre, se había roto. Y era inefable.

De vez en cuando Josué todavía nos visita y nos lleva a sus niñas para que las veamos crecer. Yo las veo sonreír con la sonrisa de Mago y se me hace un nudo en la garganta, pues ellas nunca tuvieron la oportunidad de disfrutar la alegría y entrega de su madre como la disfruté yo cuando era también niña. Lamento no haber mostrado mayor gratitud.

**HOGAR:** cuando vivía en Madrid, hice un viaje a México en busca del amor en el que todo salió mal, no sólo con el muchacho en cuestión, Fernando (véase *Barquito de papel*), sino en general; el viaje entero fue un manojito de catástrofes (véase *Avión*). Lo paradójico es que, aunque estaba en mi país, todo el tiempo tuve el

estrés clásico del turista: no sabía cómo moverme en el transporte público, ciertas prácticas sociales me desconcertaban (ya me había desacostumbrado a que todo mundo me mirara) y traía un acento gachupín que evidenciaba mi periodo en el extranjero.

Los vendedores del centro de Oaxaca me catalogaban de inmediato como un cliente potencial y se abalanzaban sobre mí hablándome en inglés e intentando venderme toda clase de artesanías. Y, vamos, sabemos que México es así y que yo cumplo con el perfil de turista tan sólo por ser más alta y más blanca que el promedio. Pero aun así me sentía muy extraña ahí, y cuando se lo conté a Fernando, recuerdo que él me contestó: “Pero es que, mujer, claro que van a tratarte como extranjera porque eres una extranjera. Tan sólo ve los pantalones que traes puestos”. Y sí, traía unos pantalones *hippies* con el tiro casi hasta el suelo que estaban muy de moda en España pero que nadie, absolutamente nadie, usaba acá.

Un par de semanas después regresé a Madrid, no sin antes pasar por una odisea insufrible que incluyó vuelos perdidos, taxis de urgencia y hoteles en el fin del mundo (véase *Avión*). Atolondrada, me bajé del avión, recogí mis maletas con sabor a derrota y sed de cama y me dirigí al metro; saqué mi abono mensual con la naturalidad de quien saca las llaves de su casa y me senté a esperar el vagón de ese metro que me sabía de memoria. En eso, a mi lado, se sentó una chica que traía unos pantalones iguales a los míos y, entre el cansancio y el absurdo, me dio un ataque de risa: había llegado a casa.

Ya no tenía muy presente esa anécdota, pero el otro día me puse esos pantalones y me dio un dejo de nostalgia. La lectura fácil sería inferir que allá se encuentra la pieza perdida, pero eso sería idealizar para no asumir; en realidad no creo que ahí esté mi paraíso perdido.

Como dice la canción, “uno vuelve siempre a los viejos sitios donde amó la vida y entonces comprende cómo están de ausentes

las cosas queridas”. A costa de tragos amargos, despedidas y mudanzas, he aprendido ya que el hogar no está en ninguna parte. El hogar son estos pantalones, hasta que se rompan. El hogar es mi propia escritura y ésta misma se va perdiendo en libretas, blogs, plataformas a las que nadie volverá. El hogar es una conversación, una cama calentita y la sensación perpetua de que en algún momento habrá que mudarse y que, cuando eso ocurra, estará bien.

**HOYO NEGRO:** tenía dieciocho años cuando viajé a Buenos Aires. Había salido de la preparatoria y era relativamente común en mi escuela que, al terminar, la gente se fuera de viaje a Europa con sus amigos. Pero yo no tenía amigos con quienes viajar, ni posibilidades económicas para pedir un permiso de ese talante así como si nada. En vez de eso, tenía un romance con Joaquín, un chico argentino que me insistía en que fuera a visitarlo (véase *Pibe*).

Después de una breve negociación, mis padres accedieron y en un par de semanas el viaje ya estaba planeado. Con lo que no contaba era con que fueran a cambiar tanto las cosas en esos dos meses desde la compra del boleto hasta mi llegada: para cuando aterricé en Buenos Aires, Joaquín ya andaba en nuevos devaneos. No se lo recriminé porque lo nuestro había sido desde el principio un mero capricho, sin más cohesión que las hormonas y el divertimento, y bastaba ver a la nueva chica para notar cómo lo suyo con ella tenía mucho más sentido: eran dos porteños perforados, estudiantes de bachiller, contra una protointelectual fresísima chilanga.

Aun así, naturalmente, se me desestructuró el viaje y la existencia con la noticia: sin preverlo, me encontraba de pronto sola en medio de una ciudad extraña, con los ojos llorosos de cansancio y de quién sabe cuántos queseyós, con las ojeras marcadas tras tanto recorrido y con dos semanas de aquello por delante.

Me fui a mi hostel de tercera, me tiré a la cama y me quedé en blanco. Opté por encerrarme ahí un par de días. Recuerdo

que en el primero leí un libro medio esotérico de Brian Weiss, y en el segundo me dediqué a aprenderme una y otra vez el orden azaroso de un mazo de lotería. Pero luego llegó la vida y Joaquín se dedicó a presentarme a sus amigos, a procurar integrarme por culpa y responsabilidad y a enseñarme Buenos Aires, aunque eso último sin mucha convicción y con notoria pereza.

Y yo, pues me abrí brecha. Conocí a gente por puñados, salí mucho, ligué sin reservas, critiqué a Sole –la nueva chica de Joaquín–, y me hice de una buena amiga con quien hasta la fecha guardo contacto: Luisina, una chica artistilla de voz dulce. Durante esas dos semanas descubrí con sorpresa mis habilidades sociales y el potencial de mi hasta entonces inadvertido pegue. Regresé contenta.

No obstante, cuando llegué a casa, mi padre me pidió ver las fotos, y lo único que pudo ver fue eso: rostros de adolescentes calenturientos y otros registros de esos laxos lazos juveniles; tenis Converse en círculo, fiestas, objetos al azar que habían sido cómplices de algún chiste local, pero que ya vistos en fotografía, significaban poco o nada.

El Obelisco lo vi de lejos, y es decir bastante. De Buenos Aires recuerdo los cibercafés abiertos hasta tarde, donde ejercía mi sedentarismo espiritual viviendo lo de siempre y hablando con los mismos. Recuerdo que sonaba en la radio *Eres* de Café Tacvba y un par de *hits* de Árbol. Recuerdo también a los indigentes durmiendo en las entradas de los comercios, los alfajores y el viento helado. Recuerdo mucho a un Joaquín disperso, a un amigo suyo charrito de nombre Brian (Bra-yan) y a un tipo al que le decían *Rana* que intentó meterse en mis pantalones. Fuera de ahí, no recuerdo ni siquiera el nombre del barrio en el que me estuve quedando, ni qué hacía exactamente en un día cualquiera, ni sé qué atracciones turísticas hay allá. Por estar viviendo mis dramas personales, me perdí de Buenos Aires.

Ahora lo pienso y me justifico: así tenía que ser y estuvo bien. Me digo: no es que me perdiera de Buenos Aires, sino que, por



el contrario, me adentré a ella en su cotidianidad más mundana, la viví desde sus entrañas. ¿Y qué es una ciudad al final sino el resultado de un sinfín de historias que se entretajan?

Pero esas cavilaciones esconden la otra parte de la verdad: lo cierto es que viajé hasta el hemisferio sur para seguir siendo yo misma en demasía, y en ese sentido, viajé sin viajar. Mis experiencias bonaerenses se redujeron a meras proyecciones de mis deseos y conflictos del momento, los vertí todos hacia afuera y, como resultado, me perdí del afuera mismo. ¿Aprendí? Claro. ¿Valió la pena? Sin duda. ¿Pero eso es realmente Buenos Aires? ¿Y los cafés cortacianos y la diversidad cultural? Lo *gugleo* y lo desconozco por completo. Como un hoyo negro, absorbí lo de alrededor con mi imantado centro e hice que todo se tratara de mí.

Esa sensación de ser un hoyo negro me ha perseguido en diversos momentos de mi vida. La sensación de que mi interioridad demandante me hace despreciar la exterioridad sin pretenderlo, de que mi egocentrismo merma mi libertad para descubrir nuevas cosas o para innovarme y de que llega incluso a hacerme suprimir al otro.

Es posible que, en cierta medida, no pueda ser de otra manera: al final uno conoce a través de sus ojos y su momento histórico y personal no puede sino afectar lo visto, ¿pero qué pasa cuando lo propio cree que se basta a sí mismo, el muy bastardo? Inicia la pesadez del ser.

Me pasa sobre todo cuando regreso de un viaje y me doy cuenta de todo lo que pude hacer y no hice. No lo hice porque mis pies punzantes, tan de siempre, les ganaron a los grandes paisajes, tan de una vez en la vida; o porque *me urgía* llegar a escribir algo al hotel o porque establecí equivalencias entre lo nuevo que se me presentaba y lo que ya había visto y me di el lujo de ser indiferente.

Recuerdo cómo, por ejemplo, cuando fui a Lisboa, pasé casi todo un día abstraída en mis pensamientos irremediabilmente,

callada, viendo lo que había que ver sólo porque tenía que ser visto, pero sin ser capaz de abrirme a esa experiencia. Lo mismo me ocurrió en Madrid, esa tierra de fugitivos: mi parsimonia me hizo abortar pronto la misión de vivir la decadencia nocturna tan cantada por Sabina y mi cotidianidad me hizo preferir una pizza precocinada con mi amigo de siempre que los eventos culturales que se organizaban gratuitamente cada semana. (*“Pero ¿cómo?, ¿no fuiste a ese concierto? ¡Pero si estabas allá!”, “No, estaba haciendo el amor o durmiendo o pensando lo mismo que hubiera estado pensando en el D.F., lo siento mucho”*).

Lo mismo con las personas: si no tienen estos dejos intelectuales frente a los cuales reflejarme, pierdo el interés al minuto. No sé ser amiga de personas con intereses disímiles a los míos y les hago el feo hasta a mis tíos.

Seamos francos: el mundo interno puede ser todo un parque de diversiones. Cuando era adolescente odiaba ir al cine con mi novio, pues —decía yo— si estábamos pasando tiempo juntos y nos queríamos y nos disfrutábamos, ¿por qué tendríamos que enajenarnos frente a una pantalla? Yo me sentía una fuente eterna de vida, el mundo y sus producciones culturales eran secundarias en mi trama. Las personas de las películas no se pasan la película viendo películas, pensaba.

Pero es también de una arrogancia abominable. Si crees que el mundo no tiene nada que darte, ¿entonces para qué? El hoyo negro nunca se sacia porque se resiste a aceptar que es incapaz de devorarse a sí mismo, y entonces roe y roe y roe, se obsesiona, piensa, da vueltas, intenta mirarse en el espejo, cuando bastaría con que dejara de absorber todo con su gran fuerza gravitacional para perder el hambre y apreciar las estrellas.

Lo pienso cuando los rayos del sol me dan directamente en el brazo. Es una caricia particularísima que disfruto enormemente. O cuando veo a las jacarandas hacer una alfombra lila sobre el pavimento a inicios de primavera (véase *Cuerpo*). Lo pienso

cuando tomo café con mi prima de diecisiete y no necesitamos hablar de algo específico para que se sienta bien. Es el afuera palpitando, rebelándose a mi reduccionismo egocéntrico. Entonces me digo, ¡que siga pudiendo más la vida que mi hoyo negro, por favor!

## *I*

**INTERESANTE:** “Cuidado con lo que deseas”, se dice con frecuencia. Y cuando pienso en mi deseo de tener una vida interesante, no puedo sino conceder. No sé en qué momento empecé a privilegiar “lo interesante” sobre “lo conveniente” o “lo agradable”, pero desde el momento en el que hice esa jerarquización, toda mi vida tendió a tener algo de caótico y, si nos vamos más lejos, algo de masoquista. Es como si estuviera dentro de la jaula de un tigre: sé que me puede comer y que en cuanto tenga oportunidad no dudará en hacerlo; sé que tengo que salirme de ahí, pero aun así pesa más la curiosidad punzante de saber qué pasará después, y entonces pienso: “Sólo un segundo más, un segundo más”. Y luego todavía me sorprende y me lamento cuando me muerde la mano.

Cuando era niña, uno de mis juegos en soledad era pensar que alguien me estaba filmando. Entonces había que caminar con estilo, había que cuidarse de no hacer el ridículo y, sobre todo, había que hacer que sucedieran cosas dignas de ser narradas. Y como “lo narrable” era la prioridad, si tenía que elegir entre el aburrido camino del “no” y el estimulante camino del “sí”, elegía sin dudar el “sí”.

Pero los síes infantiles no tienen tantos alcances como los síes de un adulto, o peor, los de un adolescente. Así cuando empezó la época de los pretendientes, yo no podía únicamente ahuyentar a los chicos que no me interesaban, porque me vencía el morbo por

escuchar lo que tuvieran que decir, por ver si sí se atrevían a besarme si yo no me quitaba, por saber hasta dónde podía llegar todo. Quería escudriñar en el entramado de las pasiones, sopesar su evanescencia, medir las consecuencias de mi ambigüedad y ser testigo de su desamor, pero para poder serlo, tenía que dosificárselos, un gesto cruel e innecesario.

Lo peor es que no eran sólo los demás los que padecían esas consecuencias perversas, era sobre todo yo la que se hacía daño en esa cacería de historias y la que todavía lo hace a veces. Hay quien dice que de una historia uno se va siempre demasiado pronto o demasiado tarde, y yo, prosélito fiel de lo interesante, me voy siempre demasiado tarde, hasta que le he exprimido todo el jugo emocional y anecdótico a la situación.

Más todavía, y lo confieso con vergüenza: posiblemente eso me hace un poco alérgica a la estabilidad, porque ahí la realidad se basta a sí misma y deja de haber una narrativa que corone la experiencia. Entonces ocurre que cuando a la distancia veo una nueva bifurcación que repite la pregunta: “¿Interesante o no interesante?”, yo vuelvo a querer decir: interesante, interesante, aun cuando sé que acabaré por llevarme entre las patas las cosas que yo misma he construido.

*J*

**JOROBADA:** durante años tuve un sueño recurrente. En él yo era una gigante alta, muy alta, pero que carecía de columna vertebral. Entonces tenía que detenerme de las paredes para no caerme. En otras versiones tenía columna pero las rodillas se me doblaban y, cuando intentaba estirarlas, sentía en las corvas ese jalón muscular de cuando la flexibilidad no te da más. En alguna versión más, tenía que ir a una graduación con tacones y ocurría lo mismo, los tacones eran tan pero tan altos que no podía mantenerme en

pie. Por eso, cuando tuve que escribir un cuento para la clase de literatura en la secundaria lo hice sobre un gigante llorón que se lamentaba porque no cabía en las puertas del mundo.

Así me sentía yo. Con mi 1.80 m de estatura, ser invisible no era una posibilidad, y cuando caminaba por el patio sentía todas las miradas sobre mí. En honor a la verdad, no se trataba de mi altura, se trataba de algún otro azar, de mi torpeza para socializar, para aventar papelitos cuando se volteaba el profesor y para reírme en voz alta. Pero cuando me miraba en el espejo, me sentía humillada y me parecía un hecho irrefutable mi condición monstruosa. *Monstruo*, aquello que se muestra.

Y yo no quería mostrarme, así que caminaba encorvada para ver si así no era notorio que el chico que me gustaba era quince centímetros más bajo que yo. Como si no me sintiera con el derecho de ocupar más espacio en el mundo que el resto de mis compañeros, como si mi cuerpo no fuera mío y me quedara grande. Era la misma época en la que hablaba con frecuencia de almas asexuadas y neutras cuyo subtexto era: el cuerpo es siempre un estorbo, un lastre que sólo da lugar a confusiones (véase *Cuerpo y Mujer*).

Después vino la reivindicación de mi propia imagen. Tras mudarme a escenarios más favorecedores y a costa de elogios y de clases de filosofía, fui desechando mis propios complejos y hasta me compré unos tacones. Aprendí a sonreír mientras caminaba por la calle, a usar ropa de colores y a delinear me los ojos. Sin embargo, todavía no es infrecuente que se acerque un extraño a decirme que me vería más bonita si me parara derecha. Entonces me lleno de tristeza, porque aún traigo en el cuerpo las huellas de mis heridas y la historia de mis miedos. Me imagino que una versión trascendida de mí es una versión siempre erguida.

**MALENTENDIDO:** era insoportable escucharlos pelear. Durante el día se sentía la tensión en sus miradas fulminantes y sus comentarios secos y corrosivos, pero en la noche, cuando mi hermano y yo nos íbamos a dormir, las peleas subían de tono, se prometían el divorcio, mi padre gritaba de exasperación y mi madre lloraba, desconsolada. Lo que tenían no era ni remotamente semejante a lo que se les había prometido. Hablaban, parecía, en idiomas distintos. Uno sumamente racional y la otra excesivamente emocional, uno capitalino y la otra tradicionalista de provincia, uno siempre ocupado y estresado y la otra sin saber dónde colocar su festividad y su deseo de dar y consentir, que a menudo era mal recibido. Las cualidades de mi madre poco a poco se fueron desdibujando frente al carácter fuerte de mi padre, que no perdía oportunidad de desdenarla por su falta de estructura.

Gritaban en malograda voz baja y yo los escuchaba a través de las puertas, temerosa y echa un ovillo. Para mí era claro que el problema era de comunicación, porque a menudo no llegaban a la raíz de los problemas y uno obviaba la intención del otro, que no necesariamente era mala. Cuando los veía discutir pensaba: “Si tan sólo pudiera hacer que se entendieran, lo que necesitan es un réferi, un traductor”.

Pero no era tarea fácil. Recuerdo que en alguna ocasión, con menos de diez años, procedí a intentar deshacer ese enredo e intervine en una discusión señalando dónde creía que estaba el problema. Mi padre se encolerizó y, gritándome, me dijo que no era asunto mío, que no me metiera. Después me escribió una suerte de carta en la que me repetía que yo no tenía elementos para opinar ni para entender su relación con mi madre. No me dirigió la palabra durante días.

Entonces opté por callarme, tal y como me era indicado, pero continué en silencio con aquel ejercicio de intentar desenmarañar

la bola de malentendidos. Para mí era claro que la razón por la que no eran felices era porque no lograban entenderse, y por la misma razón yo tenía que apurarme en aprender todo lo que pudiera y entender lo más posible al mundo y las relaciones humanas, para que así, cuando yo fuera grande y me casara, no cometiera los mismos errores y fuera feliz.

Gran decepción me llevé cuando tuve la edad para empezar a ponerlo en práctica, porque como si se tratara del caracol (véase *Caracol*), todas las historias insistían en ensuciarse frente a mis ojos y ninguna medida de prevención era suficiente, por más que me esforzara en mantenerlas perfectas.

Tardé en entender que el valor de una relación no residía en su limpieza sino en su capacidad para lidiar con lo sucio; y aun cuando lo pude entender, la sensación de duelo nunca se desvaneció del todo. ¿Significa entonces que nunca hay punto de llegada? ¿Que no hay un lugar dónde descansar, un terreno conquistado en cuya armonía confiar? Y es que si no hay una comprensión del mundo previa que nos ampare, quiere decir que estamos solos frente a la intemperie, sin ninguna clase de garantía. Lo que quería era vivir sin vivir, vivir pudiendo confiar en el resultado, garantizándolo de antemano.

“Eres muy jurídica”, me decía un amigo recientemente. “Crees que las relaciones se tratan de derechos y obligaciones, de lo legítimo y lo ilegítimo, pero no, se trata simplemente de dos personas encontrándose y desencontrándose”. Lo veo. Pero eso no quita que siga queriendo, a ratos, caminar de puntitas, evitar a toda costa cualquier fricción, cualquier escenario que dé lugar a malentendidos. Me paraliza pensar que el contacto con el otro se me puede salir de las manos, que la colisión de puntos de vista o rasgos de carácter pueda dejar huellas irreparables.

Este miedo se volvió muy evidente cuando empecé a vivir con *roomies*. Los platos sucios, las visitas a deshoras o las libertades en las formas de adornar la casa, se volvieron de pronto un fantasma

persecutor, pues por más precauciones que tuviera, seguía siendo de carne y hueso y la invisibilidad no era una opción: no tenía otro remedio que alterar el funcionamiento de la casa.

Lo paradójico es que esa tensión a menudo termina por provocar aquello que teme, pues ningún problema puede ser para mí *simplemente* un problema, un gruñido cualquiera, una discrepancia matutina que se olvida con facilidad al mediodía. En mí, parece, todo se asienta, todo se va plagando de significados, de ideas de bien, de deberes incumplidos y fallas, fallas por todos lados.

¿Y la generosidad? ¿Dónde está la generosidad? Recuerdo el hueco en el estómago cuando era niña y jugaba con mis compañeras a saltar la cuerda. Me ponía tan nerviosa que me daban ganas de hacer pipí. Y es que tenía que entrar en la cuerda de un solo salto, rápido, sin interrumpir su ritmo continuo. Si lo interrumpía, perdía, pero, sobre todo, las demás tenían que volver a empezar. ¿Y qué? Era un juego y de eso se trataba, lo entiendo ahora, pero para una niña que nunca ha sabido jugar, lo que menos quiere es que su torpeza, distracción o lentitud puedan importunar a alguien.

**MEMORIA:** tenía nueve años cuando mis padres me avisaron que nos iríamos a vivir a Puebla (véase *Sentimientos*). Tres meses después ya teníamos casa, escuela y camión de la mudanza. El cambio no fue en sí mismo traumático (a diferencia de mi regreso al D.F. cuatro años más tarde [véase *Mudanza*]), finalmente era una niña y el mundo me seguía pareciendo nuevo cada vez; mis raíces no eran tan profundas. Poco tardé en pertenecer a una “pandilla” en mi fraccionamiento, en tener una mejor amiga y en que me gustara un niño. Ese mundo se volvió mío en un parpadeo.

No obstante, algunos efectos sí tuvo en mi personalidad y el mayor de todos fue mi afán por recordar. Allá no conocía a nadie ni nadie me conocía, de manera que si quería dar cuenta de mí, tenía que narrar mi propia historia, porque ya no había un contexto que diera cuenta de mí, ya no tenía la complicidad colectiva



de mi mundo anterior y eso, si no me angustiaba, cuando menos me ponía en guardia.

De ahí en adelante, la prueba de mi existencia dependía de mi capacidad para narrarla. Requería atención y registro, así que empecé a escribir, pues así como había llegado, un día me tendría que ir y dejarlo todo, mis amigos y mi casa de ensueño, y lo único que me quedaría serían mis recuerdos. Una visión un poco apocalíptica, pero nada alejada de la realidad. Podían negarme el mundo, pero no mi apropiación de él.

A partir de entonces, comencé a contarme mi historia. Acomodé mi vida por fechas, por personas, por edades y por eventos. Nada qué reclamar, es un hábito que me ha proporcionado muchos placeres. No obstante, cuando las historias son lo único que tienes, se vuelve demasiado importante compaginar las versiones, cuidar los testimonios y aclarar los malentendidos (véase *Malentendido*), un juego difícil de ganar si consideramos que la vida siempre es fragmentada e incompleta y, las más de las veces, en la sucesión de eventos fortuitos, no hay derecho a réplica.

Me pregunto qué tanto merma eso mi libertad para reaccionar: ¿por qué no puedo irme de una relación azotando las puertas como hace todo el mundo?, ¿por qué me mortifica tanto pensar en las interpretaciones que haga el otro sobre mis actos (véase *Subjetividad*)?, ¿por qué requiero que éste sepa lo que pienso o siento cuando la guerra ya está a todas luces perdida?

Mi necesidad por cuidar de mis historias llega a grados desorbitados. Defiendo a capa y espada los momentos valiosos, repito los diálogos dignos de ser recordados, termino mis conversaciones con corolarios sobre lo hablado y no me importa si en el camino sacrifico mi dignidad o subestimo a mi interlocutor.

¿Por qué esa necesidad de retener, aclarar o resignificar? ¿Por qué me siento desaparecer si no lo hago? Lo pienso con angustia cuando frente a mí veo una historia que sé que se me saldrá de las manos.

**MUDANZA:** era tanto nuestro miedo en la ciudad de México (véase *Secuestro*) que nuestra mudanza a Puebla fue una bocanada de aire fresco en muchos sentidos, pues nos permitió a mi hermano y a mí andar en bicicleta por las calles, hacernos amigos de los niños del fraccionamiento y llevar una vida mucho más relajada. Viví ahí de los nueve a los trece años, y de ese periodo guardo muchos recuerdos gratos: hice mis primeros mejores amigos y tuve mis primeras aventuras sin supervisión de mi madre.

El problema es que desde el principio sabíamos que nuestra estancia ahí era temporal y que, en cualquier momento, tendríamos que regresar. Por lo mismo, para que no nos acomodáramos demasiado, mis padres nos repetían año con año aquello: que no nos acostumbráramos, que pronto regresaríamos. Aquella amenaza exigía un doble ejercicio: por una parte, había que disfrutar como si nada pasara (si no, se vuelve imposible vivir) pero, por la otra, había que concebir todo como un simulacro; mantener restringidos los afectos.

Fue un total fracaso. Cuando me dijeron que el simulacro había terminado y que volveríamos al D.F., de nada sirvió todo ese ejercicio preventivo: de todas formas mi mundo se vino abajo. Dejé a mi primera mejor amiga, a mi primer novio, a mi casa de ensueño, a mi fraccionamiento y a mi escuela.

Coincidió también con el inicio de mi adolescencia, y toda esa inconformidad que callé cuando nos fuimos a Puebla, no me la reservé cuando regresamos. Recuerdo que en mi primera semana en el D.F. vacié las cajas con mis cosas y las puse todas sobre el suelo, me acomodé en una esquina de mi cuarto y, llorando, me dediqué a escuchar una y otra vez *La muñeca fea* de Cri-Cri.

A partir de ese momento, mi sentido de pertenencia no volvió a crecer del todo. Pasé la secundaria en tres escuelas distintas, cada una peor que la anterior, y en la última me quedé a estudiar la preparatoria, misma que padecí de principio a fin.

Desde ahí no he vuelto a pasar más de cuatro años en un lugar. Desde ahí, me persigue esa sensación de que todo está siempre

a punto de acabarse y de que, vaya a donde vaya, soy extranjera. No es del todo mentira. Las cosas, en efecto, tienden a acabarse. Pero eso no es razón suficiente para no deshacer las maletas, y a mí me duele la espalda porque siempre las ando cargando para todos lados (véase *Memoria*).

Recuerdo que, cuando estaba en Madrid, un día se me rompió mi lamparita de noche y tuve que comprar una que la sustituyera. Fui al Ikea y me debatí entre dos: una era muy barata, pero a todas luces de mala calidad; la otra, mucho mejor, pero había que invertir más. Al final elegí la barata, y todo el tiempo me peleé con ella, porque tenía un falso contacto y no alumbraba bien. Me parecía que esa lámpara era la metáfora de mi vida, una metáfora suficientemente alarmante para querer regresar a México a hacerme de un hogar (véase *Hogar*), de un lugar donde las cosas no tuvieran fecha de caducidad y donde pudiera invertir en una lámpara decente que alumbrara bien.

Pero el fantasma de lo percedero no se ha desvanecido ni se desvanecerá nunca. Al llegar a México, la idea de hogar comenzó a aplazarse, primero porque llegué a casa de mis padres, luego porque estaba en una casa en la que sabía que no me quedaría mucho tiempo. Una falacia absoluta. ¿No se podía ver al revés? No es que no pertenezca a ninguna parte, sino que he pertenecido a todos los lugares. No es que sea indigente, soy cosmopolita. No sé, a veces quisiera hacérselo entender a mi vigilancia temerosa y a mi sensación periódica de desamparo.

**MUJER:** era horrible ver a mis padres pelear (véase *Malentendido*), y en todos esos casos con quien me enojaba más era con mi madre, por no defenderse. Le guardaba mucho resentimiento por no hacer nada. En algún momento recuerdo haberme prometido que nunca sería como ella, promesa que, como se vio más tarde, nunca cumplí del todo (véase *Amuleto*).

Por lo mismo, durante muchos años tendí a cierta masculinización, porque quería ser como mi padre, empoderado y con metas

claras. Esto vino acompañado, además, de cierta aberración por estar cerca de otras mujeres, porque con los hombres sí podía platicar, porque con ellos sí me entendía y –lo que no decía– porque con ellos me sentía deseada, algo para mí constitutivo (véase *Fanerógama*), y un terreno en el que me sabía mover mejor o en el que, al menos, tenía más interés.

Y es que cuando intentaba ser femenina, me sentía torpe y sentía que perdía por *default*, porque lo que me enseñaron que era la feminidad era algo que yo no tenía, empezando por cosas tan nimias como que tenía una letra zurda ilegible y mis cuadernos eran un caos, mientras que, según la *vox populi*, ser niña era tener cuadernos impecables y apuntes con plumas de colores.

Y cuando ya no fueron los cuadernos, fueron otras cosas: yo era la que siempre olvidaba la toalla en los viajes, la que no llevaba champú y mucho menos uno miniatura que combinara con su acondicionador. Era la tosca del grupo, según opinaban mis amigas, quienes además tenían grandes senos y se burlaban de lo plana que yo era.

Quizá por eso durante toda la preparatoria defendía la tesis de que el alma no tenía género. El alma era esa cosa sin genitales, libre de yugos culturales y expectativas estéticas, y quizá por eso también me sentí tan cómoda cuando empecé a llevarme más con hombres, porque los criterios cambiaban y, de pronto, ocurría que entre ellos sí me sentía femenina y era reconocida como una mujer hecha y derecha.

Tardé mucho tiempo en resignificar eso y poder ver en la figura femenina algo más que debilidad. En eso influyeron algunas mujeres en mi vida, mi psicoanalista y mi primera jefa, ambas mujeres admirables. Reconciliarme con mi propia feminidad fue un camino arduo porque implicó aceptar también mi propia debilidad, aceptar que no hacía falta todo ese teatro masculino para valer la pena y entender que en esa “debilidad” había mucha fortaleza, del mismo modo en que en aquella “fortaleza” masculina había mucha debilidad.

Ahora casi siempre uso falda y es un recordatorio sutil y una bandera. No tengo el alma asexuada, tengo el alma de mujer y en eso reside también su belleza.

N

**No:** odiaba mi preparatoria. La odiaba en verdad. No entendía sus dinámicas sociales, no sabía cómo sortear sus bromas pesadas ni reírme de mí misma ni burlarme del profesor ni doblarme la falda cuando el prefecto se volteara para que me quedara cortita. Con los ojos bien abiertos, la respuesta tardada y tartamuda, y la cara perpetua de espanto, era normal que me volviera el blanco perfecto del *bullying*.

Recuerdo que de entre tantas cosas que me molestaban, había una muy anodina y muy cotidiana que me parecía un ejemplo clarísimo de cómo en esa escuela todas las relaciones de amistad estaban viciadas: si uno pedía una pluma o una goma, la respuesta automática del otro era no. Y tú sabías que ese “no” era meramente retórico, que en realidad sí te lo iba a prestar, pero igual tenías que pasar por el ritual cansado del forcejeo en el que tenías que elegir si volvérselo a pedir por favor, si tomarlo de todas formas con el riesgo de que rebatiera (“¡te dije que no!”) o si quedarte paradita frente a su escritorio esperando el “sí”, como quien pide la indulgencia de su señor feudal.

Estos juegos semiinocuos de poder me descolocaban tanto que sólo atinaba a incomodarme primero y a desdenarlos después. Aspiraba a tener relaciones limpias en las que no fuera necesario vivir alerta y con las garras de fuera, en las que todos cediéramos las armas de antemano y en las que prestar una goma o una pluma fuera lo natural, sin rituales de paso.

Pero viéndolo en perspectiva, me parece un poco radical mi postura, y es que éramos un montón de adolescentes comunes

y corrientes; moríamos de ganas de pertenecer, de destruir y de destacar. El mundo entero era el enemigo (como siempre lo es en la adolescencia) y estábamos aprendiendo nuestros límites vía ensayo y error mientras las hormonas nos volaban los sesos y los profesores nos embutían a la fuerza toneladas de datos, problemas y ecuaciones. ¿Y a mí lo que me preocupaba era mancharme la boca con réplicas mordaces o jugar a las fuercitas del cinismo y el descaro?

La falsa superioridad moral que me prevenía de entrar en estos juegos tontos hizo que mi odio hacia ellos fuera más sólido que cualquiera, porque mis impulsos agresivos, a diferencia de los suyos, nunca encontraban salida. Hubiera deseado saber defenderme, ser más ligera, no ceñir todo a una cuestión teórica de éticas y deberes.

Poder expresar ese tipo de impulsos no sólo es natural, sino necesario. Las relaciones no son perfectas y está bien que no lo sean (véase *Malentendido*). Es como cuando dos cachorros juegan a morderse: se “muerden”, sí, pero en realidad el juego consiste en lo contrario, en poner en evidencia que no vas a morder y en saber que no serás mordido.

Lo recordaba el otro día que “peleaba” con mi chico. Él se burlaba, yo me hacía la ofendida, él me buscaba la boca, yo lo alejaba de mí. Llegado a un punto de la “discusión”, pude ver los dos escenarios, como si de un *match point* se tratara: si la pelota se inclinaba hacia un lado, la cosa devendría en una pelea real; si se iba del otro, acabaríamos riéndonos o besuqueándonos sin resquicio de malestar. Cuando ocurrió la segunda, me sentí aliviada, contenta y segura.

Me di cuenta entonces de que había estado equivocada toda mi vida, que la salud de un vínculo no reside en su pulcritud y que no se trata de buscar éticas militares ni emociones puras, constantes y bien peinadas. Se trata más bien de extender el terreno de juego, de forma que las susceptibilidades se queden afuera y las

inconformidades, contradicciones y molestias puedan salir sin temor a hacer daño. Se trata, en otras palabras, de perderles el miedo a los colmillos propios y ajenos, no mediante bozales restrictivos sino cuerpo a cuerpo, como los cachorros cuando juegan. Porque lo que verdaderamente envenena es negar nuestra visceralidad e inhibir todo impulso que vaya en contra de nuestra ideología.

Quizá mis compañeritos de preparatoria no estaban tan equivocados, después de todo. A buena hora me vengo a dar cuenta.

O

**ORGASMO:** explicaciones sobran cuando se trata de explicar mi sexualidad tropezada. Puede deberse a mis historias de infancia (véase *Besucona*, *Fanerógama*) o a partir de mi relación con mi cuerpo y mi propia feminidad (véase *Cuerpo*, *Mujer*), pero en cualquiera de los casos, lo cierto es que siempre, en el tema sexual, ha estado en mí esa tensión entre una avidez casi prematura y un temblor de niña asustada.

Me da risa cuando reviso mi blog de los diecisiete, plagado de imágenes eróticas y poemas subidos de tono. Me da risa porque no tenía idea de lo que eso significaba, era como si estuviera persiguiendo un ideal, un ideal que funcionaba en lo teórico, aunque en mi caso no tuviera correlato en la práctica. Tardé años en aprender a disfrutar realmente el sexo, y cuando lo hice, los orgasmos tardaron en llegar.

Cuando por fin llegan, aún ahora el mundo se suspende y aparecen más de una vez las ganas de llorar, la fragilidad absoluta y la vergüenza, la vergüenza de salir de personaje, de ser tan yo, tan siendo, tan roja y tan sudada, tan burda y tan cruda y tan explosiva, sin retóricas elaboradas, sin control de la situación.

Justo antes del orgasmo, pienso todavía: “Me voy a morir, me voy a morir, me voy a morir” y sólo puedo apretar fuerte al otro

y pedirle que hable, y cerrar los ojos y apretar los puños. Y parece entonces que me estorba de nuevo el cuerpo, aunque lo que me estorba es la mente. Quisiera ponerme entre paréntesis para ser, quisiera ser de esas mujeres que no tienen dificultad para alcanzar el orgasmo, salirme de mí, suspender mis categorías y entregarme al otro, a lo otro, y desde ahí ser sol y no el hoyo negro de siempre (véase *Hoyo negro*).

*P*

**PECES:** a menudo sueño con peces. En el último sueño tenía una pecera llena de ellos y los tenía que matar para combatir una plaga de insectos. Otras veces los sueño muertos desde el principio y me angustio.

Cuando era niña teníamos una pecera enorme con peces de todos los colores. A mí me gustaba mirarlos. Un día hubo una cena importante. Mi madre se pasó todo el día de arriba a abajo, cocinando, encargándose de todos los preparativos. Lavó la pecera para que los invitados la vieran reluciente y le puso sus gotas de azul de metileno para que adquiriera su tonalidad oceánica. Pero al ponerla de vuelta en su lugar, no se dio cuenta de que debajo de ella se había quedado una piedrita. Con todo ese peso encima, el cristal empezó a resquebrajarse alrededor del guijarro y, minutos antes de que llegaran los invitados, estalló la pecera.

Caos. Pececitos de colores brincando por toda la alfombra. Mi madre intentando recogerlos en vasos. Yo queriendo ayudar. En el intento me corté la mano. Ella lloraba de la desesperación. No le importaban los pececitos, le importaba su cena magistral: ahora cómo demonios iba a explicar la mancha azul sobre la alfombra. Desde ese día no volvimos a tener pecera.

Una década más tarde llegó Fernando (véase *Barquito de papel*), quien insistía en darme cosas vivas. “¡Que no, que se me mueren!”



le decía yo. Primero comenzó regalándome flores, destinadas desde el principio a marchitarse. Luego, evolucionó: un cactus. Me explicó que era porque éstos eran fáciles de cuidar, no tenía ni siquiera que regarlo. Con ganas de verlo crecer, todas las mañanas lo sacaba entusiasta al sol, hasta que un día noté una especie de pelusa blanca impregnada en sus espinas. Quise limpiarlo, pero al levantarlo fue grande mi desilusión: la plaga ya se lo había comido todo por dentro.

Ese mismo día le prohibí a Fernando volverme a regalar algo vivo, pero desobediente como era, poco le importó: a las pocas semanas se apareció en mi casa con un pecesito dorado. Después de teatralizar mi enfado, instalamos la pecera y bauticé al pecesito. “Se llamará *Notemueras*”, anuncié con solemnidad. Tres semanas después estaba muerto. De nada sirvió que todos los días le dijera “¡No te mueras, *Notemueras!*”, un día simplemente amaneció flotando con la boquita abierta en O. Lo envolví en papel higiénico y, con un hueco en el estómago, lo tiré a la basura.

*Turulato* llegó después. Ése no se murió. Lo tuve en mi escritorio hasta que me fui a vivir a Madrid, entonces se lo di a Fernando para que lo siguiera cuidando. Cuando le pregunté por él meses después, me respondió que ya se lo había dado de comer a sus tortugas. Sabía que era broma, pero era tanto su resentimiento hacia mí que, de alguna forma, me pareció factible. Era una metáfora demasiado perfecta. No volví a saber del pez. Ni de él.

Además, desde que tengo memoria, la casa de mis padres ha estado llena de adornos de peces. En alguna ocasión hasta emulamos un acuario en una repisa. Le pusimos corales disecados, peces de porcelana, peces de madera; todo lo acuático que encontramos. Ahí siguen. Ésos no se mueren, sólo se decoloran por el sol.

A veces todavía se me antoja comprarme otro pecesito. Pero es que, ay, todo se me muere.

**PESADILLAS:** la escena se repetía una y otra vez: me mandaban al infierno y tenía que avanzar por un pasamanos por el que debajo había lava y arriba, cuchillas que me raspaban, para llegar a un teléfono y hablarle a mi mamá para que viniera por mí, pero cuando llegaba al teléfono, el diablo hacía trampa y me regresaba. Entonces me despertaba de golpe y bajaba corriendo las escaleras. No terminaba de despertar sino hasta que estaba en el piso de hasta abajo. Entonces recordaba que también me daba miedo la oscuridad y los cuadros que había en los pasillos, así que subía corriendo otra vez.

Era tal mi miedo a las pesadillas que, cuando llegaba la hora de cenar, me ponía a llorar. Nadie había descubierto el patrón más que Mago (véase *Hermana*), quien hacía todo lo posible para intentar distraerme. Cuando llegaba la hora y no tenía otro remedio más que irme a la cama, me ponía a rezar y hacer negociaciones con Dios, le ofrecía buenos actos a cambio de una noche sin pesadillas.

Cuando mi hermano tenía pesadillas, se iba corriendo al cuarto de mis padres para que le dieran refugio. Yo no, salvo en una ocasión. Me desperté empapada de sudor porque había soñado con un monstruo que había visto en la televisión, un monstruo que era pura oscuridad y sólo se le reconocía por sus ojos rojos.

Me levanté y decidí que ese día iba a ir al cuarto de mis padres, pero, irónicamente, al llegar, lo único que vi fue oscuridad y las luces rojas de la contestadora, idénticas a los ojos del monstruo. Me paré en seco. Me quedé muy quieta y di unos pasos al frente, consciente en el fondo de que no podía ser el monstruo. Sin embargo, aun cuando comprobé que no eran más que las luces de la contestadora, opté por regresar a mi cuarto.

Años después le conté a eso a mi madre y ella se extrañó: “¿Pero por qué nunca nos dijiste?” No lo sé, ya desde entonces llevaba mis batallas en privado; compartirlas era correr el riesgo de que se me apareciera el monstruo del que venía huyendo.

**PIBE:** empezamos a salir porque era divertido. Él era argentino y estaba en la ciudad; era alto, tenía una gran sonrisa y el primer día que salimos a tomar un helado me plantó un beso así, sin previo aviso. Era también un par de años más chico que yo y, considerando que yo tenía dieciocho, me convertía automáticamente en una asaltacunas, aunque en realidad él fue quien quiso asaltar mi pantalón a la primera oportunidad, mostrando que, de los dos, la inocente era yo. Después regresó a Argentina, y cuando fui a verlo, la historia terminó (véase *Hoyo negro*). Regresé a México a iniciar la universidad y perdimos contacto.

Fue deliberado. Regresé cansada de ese viaje lleno de fricciones y convivencias forzadas, de besos furtivos en callejones y viaje de música *punk* en los que iba también su nueva novia y yo hacía mal tercio, de forma que en cuanto pisé la ciudad, le di vuelta a la hoja inmediatamente. Pasado un año, un día, de la nada, soñé con él. Era un sueño erótico. Me desperté impactada por el sueño y decidí recontactarlo.

Fue complicado, me tardé un par de días porque tanto él como yo habíamos cambiado de correo electrónico, pero después de mandar un par de luces de Bengala aquí y allá, logré dar con él y nos agregamos al Messenger. Él se entusiasmó por el reencontro, se mostró afectivo, platicamos un poco y nos despedimos con la promesa de ponernos al día más adelante. Eso fue un viernes.

Cuatro días después recibí un correo de mi amiga argentina diciendo que tenía que hablar conmigo de forma urgente. Joaquín se había muerto. Se murió el sábado, un día después de que hablé con él. Me impresionó la sincronía, ¡apenas habíamos hablado! Me afectó como no creí que me afectaría y lloré por días.

Murió ahogado en una alcantarilla. Aparentemente, se había metido con unos amigos suyos a explorar, sin advertir que ese día llovería y no podrían salir. A sus amigos los encontraron ahí mismo al día siguiente, pero Joaquín, por motivos que desconocemos,

no apareció sino hasta tres días después en estado de descomposición en el Río de la Plata.

“Demasiado vivo para vivir” podría ser el epitafio. Y es que así lo recuerdo: risueño, entusiasta, vital, sin límites que lo detuvieran, hasta que se encontró con uno más fuerte que él, la propia muerte.

## R

**RARA:** por más que, a distancia, pueda entenderlo (véase *No*), lo cierto es que mi sufrimiento en la preparatoria era real. Cada vez que estaba por cruzar el umbral de la puerta, me encomendaba a Dios para que no fuera un mal día. Ésa es una de las pocas cosas que sí cambiaría de mi pasado: me hubiera gustado saber defenderme. En vez de eso, me quedaba callada, con cara de susto, incapaz de negociar, de reírme de mí misma, de tomármelo más a la ligera. Los catorces de febrero eran el epítome de ese temor. Tenía que esconderme año tras año porque era una y otra vez la víctima de bromas pesadas y apuestas, como si yo fuera una suerte de castigo.

Luego eso se diluyó con otras experiencias menos persecutorias, hice amigos, me relajé un poco. Pero aun llegado ese momento, algo había quedado en el registro: a todas luces y para todos los presentes yo era muy rara.

Lo pienso a distancia y no logro identificar qué exactamente de mí era lo que sobresalía tanto, pues era cierto que era impulsiva y arbitraria, pero eso de raro no tenía nada si consideramos que todos éramos igual de adolescentes y que es parte de esa edad. O quizás era lo contrario: no las locuras que hacía yo, sino la rigidez con la que reaccionaba a las locuras de los otros. O tal vez simplemente llegué en un mal momento, cuando todos ya tenían dinámicas sociales preestablecidas que yo desconocía y que me hacían sentir

que no pertenecía ahí (véase *Mudanza*). Y podría continuar con las hipótesis: quizá fue mi gusto por usar palabras rebuscadas, o mi ropa estafalaria, aunque no era la única que se daba tales licencias. En cualquier caso, tuve que tomar una determinación: o buscaba hacer lo posible por pertenecer o, al contrario, mostraba con orgullo la etiqueta que se me había otorgado. Opté por la segunda. Me asumí como rara y durante esos años me pensé y me moví como tal, lo que seguramente agudizó el cuadro del que después me quejaría.

Claro, porque para mí ser rara implicaba ser única, auténtica y especial. Sin embargo, el precio a pagar por ello era alto también: incluía asumir una distancia irreconciliable entre el otro y yo, una soledad impermeable, un punto de no negociación.

No fue sino hasta unos años después, cuando empecé a estudiar filosofía, cuando pude reevaluar ese epíteto tramposo y darme cuenta de que las cosas también podían ser de otra manera, pues de pronto me encontraba en un círculo de afinidad en el que —por ejemplo—, más que rara o complicada, era considerada interesante o lista.

Ante ese descubrimiento, quemé las naves: corté relación con los pocos amigos que había hecho en la preparatoria, les di la espalda porque quería dársela también a esa versión de mí que nunca salía bien favorecida. Y creo que en el camino fui injusta con los que, considerándome rara o no, sí me ofrecieron su amistad y estuvieron conmigo durante esos años. Lo pienso y me da nostalgia y algo de culpa, pero no sé si hubiera podido ser de otra manera.

**REALIDAD:** habíamos estado peleando mucho él y yo. Llevaba un año profundamente enamorada, un año de dedicarle gran parte de mi tiempo, de mi energía, de mi atención. Y un año también de pensar detenidamente en cada uno de los problemas que teníamos, de intentar resolverlos, de temer que se fuera. Había sido un año

cansado. Se acercaban las fechas decembrinas y empecé a tener miedo. No era propiamente que estuviéramos mal, pero había algo en nuestra relación que me hacía sentir muy insegura y ahora iba a ocurrir que pasaríamos, alternadamente, varias semanas sin vernos, y temía que fueran suficientes para destruir lo que tan minuciosamente había estado construyendo.

Días antes de la primera separación, en la que yo viajaría a la FIL por trabajo, me dedicaba a contemplarlo, intentado adivinar lo que se avecinaba. Me sentía ansiosa. No quería decirle nada porque me avergonzaba sentir tanta inseguridad. Yo no era ésa, nunca había sido ésa, de relaciones codependientes y celos infundados, pero con él sólo temía el apocalipsis a cada paso y no podía pensar con claridad. Me dolía el estómago.

La semana de Guadalajara llegó y no tuvo desperdicio. Como planeaba renunciar pronto a la editorial en la que trabajaba, sabía que posiblemente ésa iba a ser mi última FIL, y eso me hacía tener una nostalgia del presente dulce, la atención despierta y la conciencia de que estaba viviendo algo único e irrepetible. No tardé en sincronizarme con el ritmo de la feria, llena de extranjeros, de citas con autores y con agencias literarias, de fiestas del gremio, de intercambio de tarjetas y, claro, de la avidez de la gente que va ahí a conocer, a ligar, a hacer contactos, a hacer una pausa. De repente, en Guadalajara fui otra. Me paraba más erguida, me sentía guapa, me sentía solicitada y mi torpeza social parecía haberse quedado en la capital. Me había convertido en el ideal de mí y me sentía independiente, fuerte, deseable.

Esos días casi no pensé en él. Fue deliberado: me había enojado con él por alguna de las tantas tonterías de siempre y estaba cansada. Prefería ser ésa, mil veces ésa, la de Guadalajara a la que se le acercaban los hombres para cortejarla. Pero como si se tratase de un clóset demasiado lleno, cuando dejé de poner toda mi atención en el asunto, cuando dejé de empujar con todas mis fuerzas la puerta del clóset para que se cerrara, automáticamente

se cayó todo lo que estaba dentro, y cuando regresé, tenía a mis pies un montón de emociones que no sabía dónde guardar. Del amor casi incondicional, pasé a una aberración igual de irracional. Empecé a enumerar en mi cabeza todas esas razones por las que no podía estar con él, todas esas cosas que me molestaban de su personalidad y de la circunstancia. No eran pocas. Era mayor que yo y tenía dos hijos, cosa que me atormentaba sobremanera, no podía siquiera pronunciarlo, la idea de que mis padres lo supieran me resultaba insoportable, y con mis amigos me justificaba, como quien pide perdón, con el “ya ni modo” del amor.

Encima, él estaba en otra cosa: había negociaciones internas que todavía no había hecho desde su separación, su ex estaba demasiado presente, era un tipo disperso y sentía que el tiempo que me ofrecía no era siempre de calidad, me enervaba su narcisismo, su facilidad para monologar y lo mal escucha que era. El final parecía innegociable.

Cuando llegué a comunicárselo, él pasó por todos los estadios: del desconcierto a la negación al enojo a la negociación al hermetismo. Quedamos de darnos unas semanas y nos separamos de nuevo, cada quien para hacer sus viajes. En el viaje, yo seguí con mi argumentación interna sobre las razones por las que no debía estar con él y el mucho mal que me hacía. Volví con el discurso en la punta de la lengua. Fui a su casa y él me dejó pasar, me abrazó, me dio un beso con dulzura y, como si nada pasara, se puso a prepararme la cena, me platicó de su día. Cuando me abrazó, recordé lo mucho que me gustaba. Sólo abrazarlo me causaba una tranquilidad indecible, dormir con él era un paraíso, besarlo era maravilloso. Y cuando fue atento me sorprendió que lo fuera, como si en lo que me había contado a mí misma las últimas semanas no cupiera la posibilidad de ese hombre lindo, amoroso.

Entonces se abrió paso otra historia completamente diferente, la historia del hombre que había amado con fervor durante un año. Un hombre que era inteligente, elocuente, intuitivo. Un hombre

con quien me espejaba fácilmente, con quien tenía mucho en común y con quien podía hablar de cualquier cosa. Un hombre sensible y responsable, que sabía asumir su pasado, que no rajaba, con quien se podía contar para resolver las cosas prácticas y que cocinaba delicioso.

Mientras lo concibiera como dos, decidir resultaba prácticamente imposible. Pero él no era dos, era uno como cualquiera y yo parecía oscilar entre la idealización y la satanización, como si fuera imposible verlo como era, sin escisiones. Fantaseaba con que alguien desde arriba pudiera verlo todo y decirme quién era él y qué era lo que yo quería. Y es que ¿cómo recordar sin editar?, ¿cómo aprehender la realidad neutralmente cuando me encontraba en una lluvia incesante de sensaciones y emociones? Ahí estaba el meollo: la realidad era justo ésa, las ganas de llorar, la piel chinita ante su abrazo, el enojo de todas esas pequeñas fricciones que había dejado pasar en nombre del amor y que ahora se agolpaban en mi estómago.

Por eso lo prefería doble, porque elegirlo uno era elegir ver la realidad, sin fragmentaciones, sin esquinas ni bordes donde esconder mi dolor, donde esconderme yo. La realidad dolía porque ahí no había juicios de valor que la amortiguaran, ideas de bien, opiniones de amigos. Y porque, en la realidad, lo único que tenía era mis sentimientos (véase *Sentimientos*), con los cuales no sabía lidiar. En el fondo no se trataba de él sino de mí, de si me caía bien, de si era el tipo de hombre que quisiera tener a mi lado, independientemente de sus cualidades o sus defectos, porque no se trataba de un examen sino de una vida compartida.

Aún hoy pienso en él y se sigue escapando a mis palabras. Él era simplemente él. Y de la realidad sólo recuerdo sensaciones aisladas: ternura, dolor, tranquilidad, deseo, celos. Quizá la armonía que tanto presumen los seres elevados tenga que ver con eso: ser capaz de ver la realidad completa, sin fisuras. Ser capaz de sentir sin resistencias, de manera que los fenómenos que nos afectan no



necesiten fragmentarse. Tal vez eso sea amar también, saber que puedes entregarte a la alteridad y salir invicto.

**RIESGO:** crecí en una familia intolerante a los riesgos, acaso un vicio clasemediero. Tras haber adquirido una propiedad en zona céntrica y un coche nuevecito, la consigna de no volver atrás quedó fijada, sobre todo de parte de mi padre, que había vivido muchas carencias en su infancia. El fracaso, por tanto, no era una opción y, en consecuencia, tampoco lo era la improvisación, el titubeo o la heterodoxia. Había que seguir las reglas y había que asegurarse de que detrás de toda decisión hubiera un aparato completo de razones y justificaciones. Por esta razón, cada vez que alguien intentaba romper esa regla, como cuando yo a mis dieciséis quise pintar un Pollock en la pared de mi cuarto, recibía el mismo adoctrinamiento de mi padre: “Madura la idea” –decía– o “pastorea tu deseo”.

Durante un cuarto de siglo viví, pues, madurando la idea y pastoreando mi deseo, prolongando y especulando en vez de decidir y actuar; marcando el teléfono y colgando antes de que diera tono, mandando solicitudes a universidades de países nórdicos para, al final, acabar en donde hablaran mi idioma y, de preferencia, hubiera sol.

Lo que me seducía, contrario a lo que podía parecer, no era la duda perpetua, era la posibilidad de una certeza monolítica, soberbia y victoriosa. De ahí la postergación y la filosofía: la silla que nunca es tan silla, el azul que a contraluz tiene algo de escarlata. Como nada era suficientemente universal, como no había fuego que no quemara, las decisiones sobre mi vida o sobre lo que yo era parecían aplazarse indefinidamente. Hasta que un día ya era demasiado tarde para tomar partido. Hasta que me quedé atorada en este oficio de desarmar matrioskas y de encontrar siempre una más pequeña que la otra y la siguiente más pequeña y una más pequeña todavía.

Filósofa, al fin y al cabo, disfrutaba de deshacer la realidad como quien deshace un suéter, de denunciar la nada (véase *Cuestionar*). “La ineficacia de la tentación deja en mal lugar a todos esos iluminados que no quisieron traicionar a la Nada con la Vida, nada ella también pero más jugosa”, decía Ciorán. Falsa iluminada, yo me prohibí traición semejante y me dediqué a alumbrar el mundo con la palabra, despreocupada de las sombras que tras esa luz bailaban.

No obstante, como era de esperarse, tarde o temprano llegó el momento de actuar. No podía esperar a tener todas las variables en la mano para mudarme, como tampoco puedo esperar-me a estar segura para amar a alguien. El año pasado se trató de eso, de empezar a actuar, pero lo hago con mucha torpeza y mucha timidez, decido poco y, cuando decido, me preocupa estar haciéndolo mal. Sin duda era más cómodo vivir madurando la idea, pastoreando mi deseo.

## S

**SECUESTRO:** el secuestro de mi padre fue uno de los episodios más significativos de mi infancia, no tanto por el hecho en sí como por las consecuencias que tuvo. Yo tenía seis años, era martes y jugaba sola con un dominó de animalitos en lo que llegaba mi padre a comer (dominó que odié después de ese día y nunca más volví a tocar), pero cuando sonó el timbre no era mi padre sino unos vecinos que habían visto cómo, con pistola en mano, unos hombres se lo habían llevado. Mi madre se soltó en llanto y, abrazándonos, nos dijo que todo iba a salir bien. No sonaba muy convincente. En cuestión de una hora, la casa ya se había llenado de personas, de familiares, de policías y de amigos que llegaban a consolar. Mi hermano y yo mirábamos silenciosos y abrazábamos a mi madre, que no dejaba de llorar y fumar.

No duró demasiado. Ese mismo día, después de un par de mardrazos y de horas de estarlo paseando para que comprara un sinfín de cosas con su tarjeta, lo soltaron. Recuerdo que yo contesté el teléfono y, cuando escuché su voz débil y lejana, me puse a llorar. Llegó pálido, derrotado, y si ya era taciturno desde antes, después de ese día se volvió mucho más, y cuando nos miraba, nos miraba con tristeza, como si sintiera encima el peso de nuestra vulnerabilidad, siempre mayor a lo que él era capaz de proteger.

Desde ese momento el miedo, que de por sí deambulaba por la ciudad en aquellos días, se hizo patente en mi casa. Pusieron cerrojos en las puertas, reforzaron la protección de las ventanas e intentaron concientizarnos a mi hermano y a mí del peligro que había allá afuera. Nos enseñaron dónde guardaban el testamento y qué hacer en caso de urgencia.

Me tomé sus palabras al pie de la letra. A partir de entonces, si mi madre decía que llegaba a las seis y eran las seis y diez, para mí era un hecho que ya estaba muerta. Las fantasías apocalípticas iniciaron (véase *Avión*), y por las noches soñaba que un asaltante brincaba a mi ventana cual *ninja* y se combatían duelos terribles para ver quién se sacrificaba por quién. La muerte había entrado a la casa y ya no había nada que pudiéramos hacer para sacarla.

**SENTIMIENTOS:** recuerdo el día en que nos avisaron que nos íbamos a mudar (véase *Mudanza*). Mis padres nos llevaron a cenar a un restaurante, como para darle solemnidad a la noticia. Era tonto, porque no necesitábamos de restaurantes, era un lujo que nos quedaba grande, pero igual fuimos y nos informaron que, por cuestiones de fuerza mayor, tendríamos que mudarnos: a mi padre le habían ofrecido un nuevo trabajo.

Apelaron a lo de siempre: a la comprensión. Tráталos como adultos y responderán como adultos. Y respondimos como adultos. Me quedé muda. Veía el postre que tenía sobre la mesa, un *mousse* de chocolate y lo batía con la cuchara. Debí de haberlo

sospechado: nunca me dejaban pedir postre en la noche. Me ardía la garganta. Tenía ganas de llorar y no podía. Mis padres me vieron con esa cara con la que ven los adultos que parece decir: sé que tus problemas son insignificantes. Probablemente lo eran.

Creo que los ojos se me mojaron de lágrimas, pero en seguida me los sequé con la manga y me le quedé viendo a la mesa. Mi padre preguntó si comprendía. Creo que no, creo que no tenía la más mínima idea de lo que significaba. Pero algo comprendía: tenía que estar a la altura de ese restaurante presuntuoso y ese tono dulce y condescendiente con el que me explicaban lo importante que era esa mudanza. Asentí con la cabeza.

Esa sensación de necesitar estar a la altura fue una constante en mi vida, acaso resultado de mi tendencia a tomarme todo tan a pecho, pues no fue ese el efecto que ocasionó en mi hermano, por ejemplo. Pero lo pienso y me llueven las imágenes de mí conteniendo las lágrimas, pues no había nada en el mundo que buscara más que el reconocimiento de mi padre.

Como aquella ocasión en la que tenía once años y me puse a llorar porque se me habían perdido mis aretes. Esos aretes eran importantes para mí porque iba a ir de campamento. Cada año esperaba con ansia ese momento, entre otras cosas, porque en el campamento había niños y, para mí, era un hecho importante, acostumbrada a convivir sólo con niñas. Mi padre, al verme hacer berrinche, me dijo: “Creí que ya eras lo suficientemente madura, pero me acabas de demostrar que no”. Me fui al campamento sin aretes y la sensación de que, encima, había fallado.

Me pregunto si habrá sido a raíz de eso que la niña-adulta empezó a escindirse y a separar sus sentimientos de sus pensamientos. Aún ahora me cuesta trabajo con frecuencia saber qué quiero, porque antes de lo que dicta mi sentir, tengo que lidiar con un sinfín de argumentos, de contradicciones, de imposiciones. Y a costa de sobrepensar las cosas, mi brújula ha ido perdiendo su imán.

Quizá también de ahí venga la profunda vergüenza que siento al confesar mis deseos, se trate de lo que se trate. Recuerdo que cuando presenté a mi primer novio con mis padres, en seguida recibí críticas y burlas porque era moreno (algo oprobioso para mi madre), porque merecía a alguien mejor. Después de él, siguieron otros y de todos había algo qué criticar, hasta que ya, de entrada, prefería mantenerlos lejos de casa. El problema es que no era sólo en casa, sino que yo misma lo extrapolé a todos los ámbitos de mi vida, y antes de que mis amigos pudieran opinar algo, yo era la primera que desdeñaba aquello que me importaba y me adelantaba a criticarlo para volverme inmune a cualquier crítica que pudieran hacer los demás.

Lo pienso y me dan ganas de llorar. Todo hubiera sido más sencillo si de niña hubiera sido capaz de aventarles ese *mousse* de chocolate a mis padres y llorar hasta que no me quedaran más fuerzas.

**SOLEDAD:** de pequeña me enseñaron que había una diferencia sustancial entre la soledad y la desolación. La primera implicaba habitar tu propio sol, verlo fulgurante, alimentarte de su resplandor paciente y constante; la soledad como la edad del sol. La segunda, en cambio, implicaba lo contrario: haber perdido tu sol y vivir en las tinieblas, desolado, como esas criaturas que nacen sin *daemon* propio, cascarones fríos, necesitados de calor. Cuando la gente se queja de la soledad, en realidad se queja de la desolación, es decir, de una soledad no habitada que, en cuanto ajena, resulta inhóspita.

No obstante, no puedo imaginar a ningún *solo* que no se sienta, de cuando en cuando, *desolado*. Rayos de sol sin destinatario, sin filtro, sin teleología y sin esperanza le calan a cualquiera.

A los pocos meses de estar en Madrid, les contaba a mis amigos con asombro cómo era la primera vez que sentía que estaba creciendo sin hacer nada para ello. Claro, porque cuando yo era

niña me gané los epítetos de “inteligente” y de “precoz” y eso para mí había traído la condena de hacer que no se equivocaran, lo que me hizo estar siempre alerta, agobiada por “no estancarme”, procurando siempre “explotar mis potenciales” (véase *Dieces*).

Pero en cambio, en Madrid no hacía nada: no estudiaba algo que me rompiera la cabeza, ni ganaba dinero, ni estaba muy ocupada, ni nada. Si acaso, escribía, escribía mucho, pero escribía sin editar, sin publicar y sin pensármelo demasiado, lo que lo hacía casi un mero parloteo. Y, sin embargo, sólo por estar ahí, lejos de casa, viviendo sola en un país extraño, el crecimiento parecía darse solito y yo lo notaba en pequeños detalles, en una calma que me había invadido como nunca antes, en un pragmatismo que desconocía en mí para resolver los problemas más mundanos y, sobre todo, en la infertilidad de mis dramas.

Lo pienso en retrospectiva y siento pena porque sé que pude haber aprovechado más la experiencia (véase *Hoyo negro*), pero justo en eso residió mi formación y lo valioso de mi experiencia fuera: en el ejercicio de desesperarme y serenarme sin ayuda; en las caminatas agotadoras por el río Manzanares, con los audífonos en los oídos y los pensamientos recurrentes; en la escritura maníaca y en mi abandono gradual de ella cuando empecé a estar más tranquila, etcétera.

Porque es cierto que cuando no tienes cerca una sola persona que te escuche, ni una mascota a quien acariciar siquiera, aprendes que más te vale secarte las lágrimas tú solito y quitarte la pijama, porque eso no va a avanzar por sí solo. Te autocontienes con toda la adultez de la que eres capaz y con mucha otra que ignoras que tenías.

Así, en Madrid aprendí a querer un abrazo pero conformarme con meterme a las cobijas, aprendí a llorar menos, a dejar ir poco a poco mis problemas, y a cantar en voz bajita en lo que se me pasaba la crisis. Muchas veces eché de menos la contención y la busqué desesperadamente en mis medios electrónicos, y en

ocasiones la encontré con todas sus limitantes materiales y en otras me resigné a no encontrarla, hasta que con el tiempo, como era de esperarse, llegó un poco de calor humano, y cuando menos vi, ya había pasado el año suavemente, casi sin contratiempos.

Pero la contención es una de las cosas que nunca dejan de echarse en falta. A menudo anhelo hundir la cabeza en el pecho de un hombre de mi gusto y quedarme ahí por horas, en silencio, y dejarme abrazar hasta que caiga la noche. O me siento sola y tonta porque un amigo me hace un cariñito amistoso, casi automático, y yo lo siento hasta debajo del esternón, o porque a veces, cuando mi padre pone su mano cálida sobre mi hombro, a mí me dan ganas de llorar.

Entonces extraño aquellos tiempos en los que mi autocontención no era un imperativo ni se había cristalizado en mí, en los que había cómplices por todos lados y cierta libertad para los vaivenes emocionales. Pero esos tiempos pasaron, se extinguieron los espacios adecuados para eso y, ahora, ya no es tan fácil, aunque lo desee. Entonces extraño poder hacer un paréntesis en esta adultez desoladora y desdoblarme frente a alguien en toda mi emocionalidad sin temer a la muerte y sin temer al abandono.

**SUBJETIVIDAD:** era 2005 (véase *Bodypainting*) y habíamos ido a la playa. Yo llevaba la melena suelta, pelirroja, y con la cabeza recostada en las piernas de un amigo recibía directamente en la boca jugo con vodka. Estábamos borrachos y éramos hermosos. Había un porro rolando. Yo no sabía fumar y tosía un poco, pero igual fumaba. Hundía la mano en la arena y, dejándola escurrirse entre mis dedos, sentía que de alguna forma eso era el culmen de algo, el éxtasis, la totalidad.

Llegó la noche. El mar tronaba fuerte. Un grupo de chicos a lo lejos escuchaba música en una grabadora vieja. El absurdo del desvelo, las conversaciones desarticuladas, el borracho dormido en la fogata y una pareja ahí mismo, tumbada sobre un pareo,

dándose de besos. Estaba contenta y, de un segundo a otro, me paré y empecé a correr. El muchacho que me pretendía corrió detrás de mí. Lo reté: “Desnudémonos”.

Me dijo que no; era siete años mayor que yo y ya tenía conciencia. Me reí de él mientras me quitaba juguetonamente el bikini. Seguí corriendo. Era un juego cruel: sabía que él me miraba con lascivia pero, como si lo ignorara todo, me dedicaba a dar vueltas con soberbia inocencia; los brazos abiertos, la mirada en el cielo y la mente despejada. Él se desnudó también porque intuyó que había algo más importante que el pudor. Calculó mal, el pobre: en esa escena no cabía nadie más que yo, él sólo era un espectador y uno inoportuno.

Más tarde me pregunté por qué no había sentido un ápice de vergüenza aquel día. Llevaba pocos meses de salir de la prepa y, en el fondo casi tanto como en la superficie, seguía siendo ésa que caminaba por los pasillos con el paso apretado, mirando al piso, temerosa de la siguiente burla. Era ésa que no sabía reírse de sí misma, esa estreñida de Yo, ésa que buscaba con ahínco las palabras justas e iba por todos lados sintiéndose torpe, inadecuada (véase *Rara, Bodypainting*).

Entendí de pronto. Aquella noche en la playa yo no era yo. Nada nuevo, uno nunca es uno, pero esa fue la primera vez que lo entendí realmente: quien me viera a la distancia, sólo vería una mujer teñida de pelirroja corriendo por la playa y nada más. Nadie me vería a mí. No tenían forma de verme porque no sabían lo que era yo. Sólo se hubiese podido romper el hechizo con una mirada directa.

Cuando el otro te mira a los ojos no te queda otro remedio más que ser tú. Entonces llega la autoconciencia y dan ganas de decir: perdona mi humanidad, omite mis grietas.

Ahora, cada vez que descubro que me he ganado el odio de alguien, cada vez que estoy frente a un malentendido que nunca podré aclarar o que me siento humillada o rechazada por alguien



que poco me conoce, pienso en esa noche y me relajo: soy sólo una pelirroja que corre desnuda a la distancia, ellos qué van a saber.

*T*

**TAREAS:** se llamaba María la Fea. Me acuerdo muy poco de ella, pero mi mamá me cuenta que yo le decía María la Fea porque mordía. Estábamos en primero de kínder. Lo que sí recuerdo (y es uno de mis primeros recuerdos) es lo mucho que me desesperaba que, en vez de colorear, se dedicara a rayonear toda la hoja. Me frustraba muchísimo. Después, quién sabe cómo, se convirtió en mi mejor amiga y así lo fue hasta que cumplimos seis años y el cambio a la primaria nos separó.

Mi madre cuenta que un día la mandaron llamar de la escuela. Al llegar se encontró ahí también a Cecilia, la mamá de María. Les explicaron a ambas el problema: aparentemente, María no trabajaba en clase y, en vez de eso, yo me apuraba en mi trabajo para acabar rápido y correr a hacer el suyo.

No fue la única vez en que hice algo semejante. En mi casa, la única y más grande obligación que teníamos mi hermano y yo era estudiar, nunca estuvo a discusión que después de la preparatoria seguía la universidad, y siempre se les dio mucho peso a las calificaciones. Para mí eso nunca fue un problema, pero para Pablo, mi hermano, sí: desde la primaria hasta la universidad, estudiar siempre fue una pesadilla para él. Reprobaba continuamente, lo que se traducía en mi madre gritándole y persiguiéndolo por toda la casa para que estudiara, y él llorando mientras decía: “¡Soy un estúpido!”, entre tics nerviosos, psicólogos y clases extras.

A mí todo eso me angustiaba mucho y, por la misma razón, intentaba que mis logros pasaran inadvertidos e incluso me equivocaba a propósito en los exámenes para no sacar diez sino 9.4 o 9.2, y es que detestaba que me usaran como punto de comparación,

porque sentía que le daban armas a mi hermano para odiarme, y el amor de mi hermano me era más importante que el reconocimiento de mis padres, por lo demás versátil.

En cuarto de primaria (y él en sexto) tomé la resolución de que lo ayudaría a estudiar: empecé a hacerle tarjetas con resúmenes antes de sus exámenes, pasaba las tardes haciéndole preguntas, le enseñaba todo tipo de trucos mnemotécnicos. No obtuve resultados: Pablo no tenía el interés y punto. Tuve que conformarme, entonces, con hacerle la tarea a escondidas de mis padres, así al menos no sacaría un cero redondo.

Me tardé en entender que había cierta soberbia detrás de esa condescendencia involuntaria, como quien dijera: “Yo puedo hacerlo y tú no”. Y es que lo hago en un montón de cosas, como, por ejemplo, cuando quiero ser lo más explícita del mundo y me vuelvo sobreexplicativa y redundante, no vaya a ser que el otro no entienda.

Pero las verdades carecen de valor si no las descubre el otro por sí mismo y a su tiempo, y hay discursos cuyo valor reside en que no requieren de un pregón o de efectos especiales. Y es que si uno no empieza a confiar en el otro y en su capacidad de hacer su propia tarea, se acaba quedando solo, solo, cuando a veces soy la que más requiere que le ayuden con su tarea.

**TRISTEZA:** a veces amanezco triste de la misma forma en la que el cielo amanece nublado un día cualquiera. Cuando eso ocurre, procuro dar cuenta de sus detonantes, del porqué de mis ojos acuosos y de mi estado escabroso. Lo hago porque quiero a los míos y porque entiendo que no es justo hacerlos padecerme, porque sé que la cotidianidad tiene sus ritmos y que no soy quien para andarlos violentando con mis mejillas empapadas y mi metafísica pesada y a deshoras.

Pero explicar es una forma de mentir. Y cómo podría no serlo si para explicar hay que pensar y para pensar hay que detener el tiempo; tomarle una fotografía al estado de cosas, examinarla con los ojos

entrecerrados y decir “es que estoy preocupada por...” o “es que esto me recuerda que...” o “es que pasa que soñé con...”, como si los hechos no estuvieran superpuestos, como si la vida no fuera una lluvia inclemente de estímulos, cada uno con su propio precipicio y con su propio eco de gritos sordos que se confunden con los demás gritos de las demás cosas que claman tu atención y que te recuerdan que y que te preocupan por y a las que sueñas con.

Y es que, cómo explicar que la tristeza, pese a ser la misma de siempre, es siempre una nueva. Cómo justificar la visita rutinaria de tus dudas y de tus miedos si son las mismas dudas y los mismos miedos que has escudriñado en público y en privado durante años; las mismas que has tachado de ridículas y que, sin embargo, se afanan en volver una y otra vez con la terquedad de un ciego.

Lo que no entendemos es que la tristeza nunca es propia. Carece de remitente y carece de destinatario. O al revés: sus remitentes y sus destinatarios están en todas partes cual pretextos, esperando a ser preñados por un símbolo, por un recuerdo o por una insinuación.

No lo sé. Pienso en el concepto de trauma: cuando algo te supera y, en vez de guardarlo en tu memoria a largo plazo, lo guardas en tu memoria emocional. Será que tengo traumas que todavía no alcanzo a pronunciar, pero hay días en que empiezo a llorar y no puedo parar.

Antaño tenía un amigo que, para convencerme de que dejara de llorar, me decía que si seguía llorando, se me iban a acabar las lágrimas. Entonces me ponía a llorar con mucho mayor fuerza porque me parecía tristísimo no poder llorar cuando fuera grande. Y es que una vez que estoy ahí, parezco poseída por un demonio y no hay poder humano que me sosiegue ni que me haga entrar en razón.

Cómo me gustaría en esos momentos saber cómo se siente ser otra persona, para saber así si estoy loca, si tengo un problema serio o si todos nos sentimos así de vez en cuando.

## U

UNA: cuando estaba en la universidad, lamentaba no poder vivir más que una sola vida. Me parecía demasiado poco. El mundo era tan grande, las personas tan diversas, las profesiones tan múltiples y tan atractivas y yo, imaldita sea!, yo viviendo una sola vida. Me resistí: tomé clases como oyente de letras y sociología al mismo tiempo que estudiaba filosofía, tuve dos novios simultáneamente y me embarqué en toda clase de proyectos; era al mismo tiempo presidenta de la Sociedad de Alumnos que *clown*, que modelo de *bodypainting* (véase *Bodypainting*); hice *spinning*, capoeira y yoga, estudié francés y portugués y estuve involucrada emocionalmente con un *pandroso* tatuado, con un *rocker*, un intelectual y un fresa.

Sobra decir que no pude sostener ese estilo de vida por mucho tiempo y terminó cayendo por su propio peso, en especial aquello de los dos novios, que parecía mejor idea en la teoría que en la práctica. En principio, ambos habían aceptado, el primero porque sabía que nuestro tiempo había terminado, pero rehusaba a irse, y el segundo porque se decía, ante todo, amigo y quería llevar ese discurso a sus últimas consecuencias.

Para mí, en cambio, era una cuestión más bien experimental: quería estirar la liga de la moral para ver qué tanto tardaba en romperse y, en efecto, acabé con un ligazo en la cara. Me gustaba afirmar en ese entonces que la monogamia era querer aplicar la propiedad privada en el amor y que no tenía que ser de esa manera; pero es posible que no hubiera sido tan abierta si quien tuviera que compartir a la persona con la que estaba hubiese sido yo y no ellos.

Por eso, cuando por fin terminó, contrario a lo que hubiera pensado, sentí un enorme alivio, y aunque le lloré mares a Rodrigo, el último en irse, sentí una tranquilidad que llevaba más de un año sin sentir: la tranquilidad de llevar una sola vida.

Sin embargo, ahí no acabó la batalla. La idea de tener una nueva pareja como el alfa y el omega del deseo, y de renunciar a lo interesante (véase *Interesante*), me seguía pareciendo repelente, castrante, y mi mente no podía dejar de volar entre mundos posibles.

Aún ahora es fácil encontrar vestigios de ese rasgo en mi yo actual. Finalmente me apetecen muchas cosas y no veo por qué tendría que renunciar a ellas sólo porque se salen de mi estrecho rubro de existencia. Pero, al mismo tiempo, creo que empiezo a entender el verdadero valor de una vida unificada y puedo decir por vez primera que me causa más alivio que pesar ser sólo una.

Cuando me ofrecieron trabajar en la editorial donde trabajé hasta hace un mes, ponderé la posibilidad de seguir dando clases y de continuar corrigiendo la revista. Cuando lo platicué con una amiga me dijo: “Eso depende de cuánto quieras dividirte”. Rechacé las clases. Luego la revista me rechazó a mí y sentí, dentro de todo, un gran descanso. Las razones eran varias, pero una importante era ésa: ahora sí podía darme el lujo de vivir una sola vida, de no tener que fragmentar mi atención ni mis horarios y de no tener que rendirles cuentas a distintos jefes porque, como es bien sabido, cuando uno hace eso es normal que acabe fallándole a alguno.

Y creo que lo mismo siento sobre el amor actualmente. La conquista masiva como deporte extremo agota, los labios se vuelven sólo labios, y los encuentros, hechos aislados que no se articulan en el tiempo ni significan nada. Por eso, cuando de repente uno se vuelve sólo uno, descubre que se siente bien; abre los ojos y aparece frente a él un otro que también se muestra con unidad (es decir, como una persona completa), y como tal resulta hermoso.

Esto lo pensaba esta mañana cuando me ponía los aretes. Cuando era universitaria (o sea, cuando hacía todo lo que describí en el primer párrafo), era normal que usara un arete distinto en cada oreja, uno pequeño en la derecha y uno largo en la izquierda.

Luego perdí el hábito, y un día que lo volví a hacer, mi psicoanalista lo notó e hizo hincapié en ello: según ella, mi discurso fragmentado de aquel día correspondía con esa asimetría indumentaria. Quién sabe. A mí me parece estética esa asimetría y exagerado su juicio. Pero, en cualquier caso, no voy a negar que es lindo aprender a sentirme cómoda también con la simetría de una persona ordinaria, sin mil cabezas.

**URNA:** mi atracción desmedida por la muerte (véase *Avión o Secuestro*) comenzó a tomar un carácter lúdico en mi adolescencia, lo que se manifestaba –según el día– en bromas, en fantasías apocalípticas o en duelos siempre desfasados, que cuando no eran prematuros, ya estaban oxidados.

En esa etapa estaba cuando adquirí, por accidente, mi primera urna: era una de mármol, ligeramente verdosa, bonita. Me divierte eso de llamarle “mi primera urna” como quien dice “mi primera bicicleta”, pero así era. Sucedió de la siguiente manera: un día descubrieron que la cripta familiar estaba llena de urnas vacías, posiblemente compradas por un pariente rico décadas atrás; pero como la mayoría de las funerarias incluían la urna en su paquete de servicios, cada que se moría alguien ponían sus cenizas en una nueva, así que cuando llegaba la hora de depositarla en la famosa cripta, era necesario sacar primero una urna vacía para que cupiera la otra. Cuando eso ocurría, yo me quedaba con la sobrante. Coincidió, además, que ese año estuvo plagado de muertes, cosa que por lo demás no era rara, lo que da cuenta en parte de los motivos de mi obsesión.

Como traía tanto juego con el tema, cuando recibí esa primera urna me emocioné muchísimo y me puse a idear qué podría hacer con ella. Podía llenarla de pétalos secos de las rosas que me regalaban (como hice con mi segunda urna), podía únicamente ponerla en mi escritorio o en mi librero o podía... y en eso tuve una epifanía: podía dársela a cada persona especial de mi vida,

de forma que, cuando me muriera, mi caja de muerta contendría simbólicamente toda mi vida.

Así procedí. Decidí que el primero de la lista tenía que ser el chico con quien salía en ese momento. Era un chico bien seleccionado —según yo—, pues él mismo tenía sus rarezas relacionadas con la muerte, entre ellas la más sobresaliente era que tenía pegados, en la puerta de su cuarto, decenas de epitafios de gente desconocida; “para que no se olviden”, decía.

Sin embargo, el gusto me duró sólo unas semanas, porque más tardé en dársela que lo que tardamos en pelearnos, como adolescentes que éramos, estrepitosamente y azotando la puerta. Cuando me di cuenta, ya había perdido contacto con él por completo y se había quedado con la urna. El contacto lo retomamos un par de años después cuando, ¡oh paradoja!, la muerte de un amigo en común nos volvió a reunir (véase *Pibe*). Nos volvimos buenos amigos, hasta la fecha. Pero para cuando eso sucedió, yo ya era universitaria y él ya se había mudado de casa, dejando la urna en su antiguo hogar.

Entre un hecho y otro, pasó mucho tiempo en el que intenté sin resultados recuperarla; les supliqué a nuestros amigos en común que pasaran por ella, planeé rescates que nunca concreté, hasta que, a costa de cansancio, acabé desistiendo. En el camino comprendí una cosa: al final, eso era la muerte. No el ritual vitalista ni el paseo de los recuerdos, no; era el puro olvido, los puntos suspensivos fuera de lugar, la irrupción de la nada. La verdadera muerte era ésa, la que dolía, la que faltaba, la que era sepultada sin memoria.

## Z

**ZAPATO:** tenía seis años y usaba unos zapatitos azules con hebilla. Todavía no sabía quitármelos ni ponérmelos; de hecho, tardé mucho tiempo en aprender porque me costaba trabajo saber cuál era el derecho y cuál el izquierdo. Mi mamá decía que eso era porque

era zurda y todo lo que tenía que ver con la lateralidad lo veía al revés. Un día vi que en el buró de mis papás había un billete, lo tomé y me lo puse debajo del zapato.

No sé cuánto dinero era (todavía no sabía contar bien y además eran viejos pesos), pero aparentemente era mucho dinero y, al cabo de un rato, mi padre empezó a buscarlo como loco. Como no lo encontraba, nos preguntó a mi hermano y a mí si no lo habíamos visto y ambos fingimos demencia. Más bien dijimos la verdad: Pablo, mi hermano, porque no lo había tomado, y yo porque, para entonces, ya lo había olvidado, tan poco importante era el billete para mí. Al llegar la noche, mi madre entró a mi cuarto para ponerme la pijama y quitarme los zapatos como era habitual. Se sentó en mi cama y me acosté en el piso mientras recargaba mis pies sobre sus piernas. Cuál no sería su sorpresa cuando, al quitarme el zapato, descubrió que ahí estaba el billete que tanto habían buscado.

Recuerdo el regaño como un sueño. En parte porque era muy pequeña, pero en parte también porque no entendí dónde estaba la gravedad, podemos decir que lo hice casi sin querer. Ya en edad adulta se lo conté a mi psicoanalista y me platicó que la cleptomanía era normal en los niños, robaban aquello que creían que les robaba atención.

Lo leí entonces desde un lugar distinto. No era la historia de una niña ladrona, mala desde pequeña. Era la historia de una niña que quería la atención que no recibía de un padre que trabajaba todo el día; una persecución casi desesperada de un estatus social que nos era ajeno y que, más tarde, me daría vergüenza y culpa y me generaría cierta aversión por el consumo. Y es que, si bien hecho con amor, era tanta la ansiedad que el resto pasaba a segundo plano, todo era vacaciones en el extranjero, tarjetas de crédito infladas y el deber de estar agradecidos porque nos vestían y nos compraban zapatos nuevos; los míos azules, con hebilla.



**Graciela Enríquez Enríquez**  
coordinó esta edición de 1 000 ejemplares

El cuidado de la obra estuvo a cargo de  
**Yvette Couturier**

Se terminó de imprimir en junio de 2015

Diseño gráfico editorial  
**Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.**  
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos  
03800, México, D.F.  
55 15 16 57

En la composición se utilizaron tipos  
Baskerville en tamaños  
9, 10, 11, 13, 16 y 24 puntos

Editado por  
**DEMAC**